

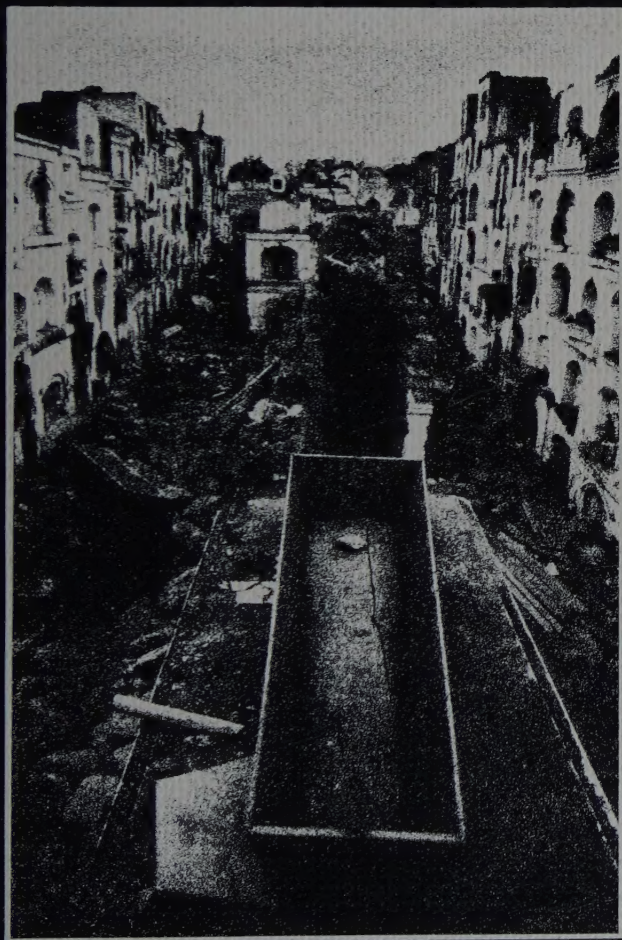
Q
498.23
63
4
989

Tulio M.
UNIVERSITY OF ARIZONA



39001026420458

Cementerio general



Einaudi Editore

Cementerio General

Tulio Mora

Cementerio general

Tulio Mora

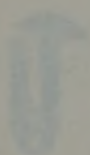
92

9-18

9-18

9-18

9-18



Cementerio general

Tulio Mora

PQ
8498.23
063
C4
1989



Lluvia Editores

Edición a cargo de Esteban Quiroz Cisneros

Diseño carátula: Walter Ventosilla

Foto: Herman Schwarz

Composición de textos: Luis Alberto Quiroz Cisneros

Montajes: Jesús Lizarzaburo

Impresión: Improffset. José Gálvez 107, La Victoria

© De esta edición, reservados todos los derechos,
Lluvia Editores.

© Reservados los derechos de acuerdo a ley,
Tulio Mora.

Hecho e impreso en el Perú
Printed in Peru

A Patricia,
el amor irrenunciable.

El amor es el sentimiento
que nos hace vivir y morir.

Marcelo González Pardo

*El Perú es una montaña
coronada por un cementerio.*

Manuel González Prada

PROLOGO

Cementerio general es una poesía insólita porque se propone un doble rigor histórico e imaginativo. Tulio Mora no pretende inventar situaciones y personajes. Busca en el proceso histórico nuestros hechos reales, paradigmas de acción, desdichas o heroísmo para penetrarlos desde adentro de ellos mismos e iluminar sus potencialidades con una luz fuerte: la luz poética.

Con este último libro Tulio Mora culmina una década productiva iniciada en 1978 con **Mitología**, obra a la cual siguieron **Oración frente a un plato de col y otros poemas** (1985) y **Zoología prestada** (1987). **Cementerio general** podría ser definido como un libro que continúa y amplía el camino iniciado por **Mitología** cuyo núcleo fueron los mitos andinos y selváticos. Sin embargo también de algún modo esta última obra de Mora recoge las tendencias de crítica social patentes en **Oración frente a un plato de col** y el cuidado creativo de la palabra que signa a **Zoología prestada**.

Hijo de profesores rurales, Tulio Mora ha sido producto y víctima de estos últimos 40 años iniciado con la dictadura de Odría y que incluye el fracaso de todos los reformismos recientes, militares y civiles. A sus experiencias infantiles en comunidades andinas y centros mineros siguió una activa adolescencia universitaria. Militante del Ejército de Liberación Nacional (1967-1970) era uno de los seguidores de Juan Pablo Chang, muerto al lado del Che en Bolivia. Ese proyecto fracasó por circunstancias y razones que no concierne analizar. Fue entonces que entre 1972 y 1978 decidió su compromiso de estudio y defensa por las comunidades nativas del Amazonas.

Cementerio general comienza con Atahualpa / Chalcuchímac / Huáscar y termina con Antonio Díaz Martínez. De alguna manera se percibe un arco poético quizás involuntario. El tono de la apertura y su altura o agudeza son de la misma magnitud que en la última reflexión

poética. Entre ambos, una arquitectura emocional dosifica y equilibra los temas de intuiciones y propuestas. De tal modo que resultan agrupaciones triádicas en las cuales ciertas cumbres —digamos Túpac Amaru— culminan y aglutinan alrededor suyo ciclos de tiempos, personajes, tragedias. La intención de liberar hace de esta poesía una voz profunda que se prohíbe el grito (que también es un valor poético) precisamente para ser más eficaz en su aparente serenidad, aunque sólo es tensión. La historia nuestra no es mejor ni peor o más trágica y triunfal que el resto de las historias humanas. Nosotros la sentimos sin embargo como si tuviera un valor excepcional, como si por lo menos durante los últimos 400 años nos hubiésemos visto siempre como "un pan que en la puerta del horno se nos quema".

Tulio Mora, sin embargo, evita cuidadosamente la lamentación y el tono mayor épico y no se prohíbe la ternura y el amor bien dichos en su evocación de Lucha Reyes o Pedro Cordero y Velarde.

Cerrado el libro el mensaje poético perfila un país de tristeza y maravilla: aventureros, nigromantes, héroes, víctimas; donde, como Huamán Poma, sentimos que "caminar es el castigo / de hacer consciente al tiempo" y donde, al menos por ahora —también como él— sentimos que nuestra edad inmediata es de "vagar sin fin por el país en ruinas / entrando en los ciclos de la tripa negra".

Pablo Macera, noviembre 1988.

Ch. (1)

(? — 1533)

"Atahualpaman Intip Churin",
 pensé, grité, lloré,
"he aquí a tu viejo reumático
 y medio ciego".
Y cargué mi hato de leña,
 me descalcé y me eché a sus pies
mientras los extranjeros revolvían mis ropas
 y herían mis carnes ausentes de vigor.
Y el Inca se dignó mirarme
 y me alzó entre sus brazos.
En su frente vi al arco iris
 detenido, ensangrentado.
Y la memoria traicionó a la imagen
 y ya no vi al arco iris
detenido, ensangrentado,
 sino a los escuadrones de mi Rey
ingresando a Cajamarca.
 "Se cae el mundo",
pensé, grité, lloré,
 un río sangró en una curva
y un eclipse derramó sus breas en mis ojos.
 "Se cae el mundo", repetí,
y me tomé la cara.
 Llovió dentro de mí,
llovió la lluvia apretadora

(1) Véase notas.

que nos vuelve bolsa de pesares
 y por no seguir lloviendo
 abracé de nuevo sus rodillas.
Y el Rey dixo donde estan estos christianos?
Ya todos estan escondidos que no parece ninguno?
Y aparecio el frayle y la lengua
martinillo y hernando aldana.
Y el frayle, con un libro en las manos,
le empeco a dezir las cosas de Dios
que le convenian, pero el no las quiso tomar.
Y pidiendo el libro, el padre se lo dio,
pensando que lo queria besar: y el lo tomo,
y lo echo enzima de su gente, y el mocho
que era la lengua, que alli estava diziendole
aquellas cosas, fue corriendo luego: y tomo el libro
y diolo al padre; y el padre se bolbio luego
dando bozes, diziendo salid salid christianos.
Y en esto hizieron señas al artillero
que soltasse los tiros por medio dellos,
y asi solto los dos dellos, que no pudo
soltar mas. Y en espacio de dos horas,
que no serian mas del dia,
toda aquella gente fue desbaratada.
Y quedaron aquel dia muertos
seys o siete mil indios.
 De pura tristeza quise odiarlo
 y no abarqué más que el círculo
 de mis propios brazos,
 ya probados por el fuego del chamizo.
 Y no abracé más que el aire
 porque esas rodillas se preparaban a morir.
 "Atahualpaman Intip Churin",
 gemí, retrocedí,
 volví a salir sin voz.
 Afuera los caballos
 me ofrecieron sus enormes bellos,
 los extraños separaban
 el oro de sus formas religiosas
 y lo echaban a un gran horno
 y otros limpiaban sus espadas
 y sus armas tronadoras.

Y no quise sopesar las diferencias,
sólo quise ser el perro viejo
y leal hasta el desastre.

Y cuando el rey fue atado a un palo,
en medio de la plaza,
supe que no había
más presagios que admirar:
ya el cielo había abultado
sus concavidades

llenándolas de agua pestilente,
ya un cóndor había sido picoteado
por una bandada de cernícalos
y agonizaba sobre la mata de un magüey
con las alas carcomidas por la lepra.

Y por no seguir y proseguir
la derrota de su suerte
volví a recordar al Cusco Joven
también atado a un palo,
en medio de otra plaza.

Frente a él insulté a su madre,
la llamé "puta codiciosa".

Y ella vociferó a su hijo
golpéandole en el rostro.

Y el Cusco Joven me increpó:
"Dejaos de estas razones,
esta cuestión
es entre mí y mi hermano".

Y yo lo tomé por el cuello
y lo aporreé y escarnecí:

"¿quién te hizo señor
habiendo otros mejores que tú
y más valientes?".

Y Quizquiz llegó en ese instante
con las órdenes del Rey
de ejecutar al impostor.

No quise que el aire
fuese mi coraza
ni entregarme
a sus reinos invisibles.

No quise que las nieves
me aclararan la mollera.

Quise oler la fetidez
de la desgracia
y revolcarme en ella,
quise engordar la misma sogá
con que seríamos colgados todos.
Y yo saqué primero a sus mujeres
paridas y a sus hijos
y los ahorqué,
y a las preñadas les abrí el vientre
y las colgué con sus fetos en los brazos.
Y ordené también colgar a sus hermanos
y a chachapoyas y cañaris
que se habían adherido al Cusco Joven
y hacían marchas forzadas
para allegarse al campamento de los extranjeros
(y otro tanto hacían huancas y pocras).
Y el Cusco Joven imploró a los cielos:
"Oh Pachayachachi Wiracocha,
tú que por tan poco tiempo me favoreciste
y honraste y diste ser,
haz que quien así me trata
se vea de esta manera".
Con lo que quiso decir
"derrumbémonos juntos".
Y fue lo último que dijo
porque entonces dije
"arrójenlo a las aguas"
y al río lo arrojaron.
Verdad que el rencor es más rencor
cuando es castigo en carne propia.
Verdad que fue por eso que entendí
las palabras del bastardo,
nuestra discordia bruta.
"Derrumbémonos juntos",
el arriba sea abajo,
el Pachakuti desordene el mundo
y retorne el ciclo de la tripa negra
por quinientos años.
Y llamé a mis dioses
chapuceros e inservibles
antes que Pizarro me atizara

el fuego en las narices.

Y respondí a sus torturas:

"sí, yo maté al Cusco Joven,

llamado Huáscar,

y escondí el oro del rescate

y quemé los quipus del imperio

y envenené a Túpac Huallpa,

el sucesor".

"Derrumbémonos juntos", repetí,

asentí, decidí,

y me entregué a la hoguera

como a su forma el odio.

P. de A. (2)
(1498 – 1548)

Sólo yo supe el nombre de este reino
por el joven Panquiaco, hijo del cacique
de Comagre: *Birú* (suave como un beso),
que corrompió la soldadesca
llamándolo Perú.

Y a pesar de mi aversión
a las faenas de la guerra
y a la áspera floresta de los trópicos
decidí ser el primero en descubrirlo.

No me llamaré, como el cronista
Oviedo, al relatar mis peripecias,
un hombre falto de ventura,
ni tendré rubor de volver a confesar
que renuncié a su conquista
cuando caí de una canoa y me harté
del agua cenagosa hasta quedar tullido.

Si a ello sumo la muerte de mi esposa
y la cárcel que sufrí en Nicaragua,
admitirán que fue cosa de Dios o del azar
que no arribase a estas tierras
antes que los socios de Pizarro.

Lo sé porque a Cusco fui a morir
y no seguí los complicados jeroglíficos
del cielo o de los mapas
sino el reguero de cadáveres
a todo lo largo del camino.
Si me libré de cometer
crímenes atroces y vergüenzas peores,

¿qué remordimiento he de guardar
por mi buena o mala suerte?
Pero le debo el nombre a este país,
me pertenecen sus sílabas austeras
que aluden al aullido trágico y ventral
de un cementerio general.
Eso me echa más culpas que a Pizarro.

J. de V. (3) (1504 - 1555)

I/ Lectura anticipada

III de Espadas (tiempos tormentosos). El Arcano Mayor
No. XIV (la Torre, la catastrófica fuerza de Geburah
sobre la Columna de la Severidad). V de Pentáculos
(la noche oscura del alma). Y sobre todas
el Arcano Mayor No. XIII, el Zephiroth de la Binah,
la imagen de la Muerte.

Son los signos del Perú cuando yo llego
con mis naipes del tarot en mis alforjas,
las armas herrumbradas y el caballo flaco,
un poco por huir de los agentes de la iglesia,
que sospechaban de mis dotes de estrellero,
y otro por salir de la pobreza.

II/ Estrategia de estrellero

Los viejos socios se disputan con los dientes
la propiedad del Cusco (mientras el Inca Manco
asedia a todos desde sus zonas liberadas).

El V de Bastos se mantiene temerario y no aparecen
en el campo del Futuro el Loco ni el Sol.

Mientras concurren sus potencias yo me marchó
a Chachapoyas con Alonso de Alvarado.

No he de manchar mis manos
con la sangre del viejo mariscal –a quien cortan
el pescuezo después de las Salinas.

Mientras suene el estribillo (*Almagro pide paz/
los Pizarros piden guerra,/*
ellos todos morirán,/ y otro mandará la tierra./)
no he de meterme en sus asuntos.

III/ Segundo viaje y matrimonio

a)

El País de la Canela: 220 españoles, 4 mil indios
y mil perros. En medio de la selva
soy el consejero del menor de los Pizarro.

El fracaso otea por el horizonte
(la carta invertida del Colgado: vano esfuerzo,
falsa profecía), mas el IV de Bastos
(casa de cosecha) anticipa un gran descubrimiento,
una tragedia y un romance. Tres opciones
para tres personas: Orellana llegará a España
bajando por el Amazonas,
Gonzalito perderá a su hermano,
yo me casaré con una viuda.
Ni Nostradamus hubiera sido más exacto.

b)

El Perú está en X de Espadas (dolor, separación),
asesinaron al gobernador por el pescuezo
*y vídose en el cielo una señal antes que él muriese,
que claramente demostraba que había
de suceder en el reino alguna cosa notable,
y fue que vieron la luna estando llena, clara,
a dende á un poco se encendió y declinó su color
á rubia sangre la mitad de ella,
y la otra mitad negra, y mostraba lanzar de sí
esponjas todas de color sangre.*

c)

Vaca de Castro (el primer funcionario corrupto
del Perú) cumple su promesa
al mozo Almagro: después de Chupas lo entierra
en la misma cripta de su padre.
Y mientras gobierna desde el Cusco
con el boato de la corte
reparte tierras por lo bajo (a cambio
de una comisión),
mete la uña al quinto real.

d)

Gonzalito se marcha resentido a Charcas,
yo coqueteo con Vaca,
solicito su permiso para desposarme
y me marchó a Piura
a buscar a María Calderón, mi viuda rubia,
mi Sota de Bastos con encomienda propia.

IV/ Discurso de la sensatez

Malos vienen los tiempos con las Nuevas Leyes.
Llegó el momento en que habrá de reemplazar
el burócrata al soldado.
El noble gozará la hacienda de la chusma.
Todo por culpa del frayle De Las Casas
y la avaricia de los viejos
(sólo Mancio Sierra se arrepiente de sus crímenes
y a los indios cede su fortuna).
No es el momento de arrojar las cartas
sino de acomodarse (el Loco invertido
está en Libra). Cuando Blasco Núñez, el virrey,
me pide reunir a los mejores jinetes de estas partes
me adentro por la sierra
con un pendón y una arenga convincentes
—mas luego me dirijo al campamento de Gonzalo.
Cuando el Delfín me pide acompañarlo
a cortarle la cabeza al príncipe ridículo
le pido a cambio una encomienda (que me concede)
mas al instante me ofrezco vigilar la retaguardia.
El se va para el Norte (a la batalla
de Ñaquito), yo me quito para el Sur.

V/ Premonición no es deslealtad

Furiosas se traban las estrellas, aun sobre mi esposa.
Un V de Espadas cae con toda su derrota
y otra vez vuelve a salir el Arcano Mayor No. XIII.
Está en salmuera mi infeliz Sota de Bastos,
nada podrá el Amor contra el acezante imponderable,
nada podrá, salvo aconsejarme que me borre.
Lo predicho: cuando vislumbra el Hierofante

(el pacificador La Gasca), por primera vez
me adhiero al rey y en represalia
la tropa rezagada de Gonzalo (el *ejército
felicísimo de la libertad*) arrastra el cuerpo
de mi esposa por las calles del Cusco.
Yo lloro su muerte al pie del Misti.
No alzo la pica vengativa
porque en mis cartas entreveo
al As de Pentáculos entre Acuario y Sagitario.
El Hierofante entra al Perú obsequioso de perdones
y es cosa de ver tan espontáneas adhesiones.
La última batalla (¿Xaquixahuana, Sacsahuana?)
es una estafa: los rebeldes prefirieron
la traición –y nadie se avergüenza de ello.
El buen Gonzalo, presumido como siempre,
y el viejo Carbajal se echan a la muerte
como dos bebés de pecho.
Todo el mundo llora remordido.

VI/ Epitafio del cauto ilustrado

Por fin reina sobre mí la carta limpia del Sol.
Ropa fina, tierras de labranza,
rebaños, barcos, una mina, una caballeriza
y un cargo en el cabildo.
El ideal de un encomendero.
Comen en mi casa diariamente
50 caballeros, viven de mi hacienda sacerdotes,
comerciantes y artesanos.
Por tributo un ingreso nominal de indios
y otras granjerías: esclavos, siervos,
estancieros, mayordomos y hasta criados españoles.
A los 51 años mis ojos se ensombrecen
allá en Tarapacá.
Si algo he de decir sobre el Perú
es que nunca se enemisten con sus gobernantes
ni cierren la puerta a sus futuros aspirantes.

F. (4)
(1510 – 1560)

Yazgo aquí
 con el nombre de Francisco,
el curtidor de cueros.
 Desde Tenochtitlan,
donde nací
 entre sus lagos y canales,
hasta el lago Titicaca
 paseé mi oficio y mi silencio
huyendo de los blancos
 que querían esclavizarme.
De mis manos salieron
 los mejores arneses,
monturas y baúles del Perú.
 Tenía un gran taller.
Era parte del orbe.
 Entre indios como yo
nunca me sentí un extranjero.
 Mas negado a revelar
mi verdadero nombre
 y a contar las historias
de mi pueblo
 en su lengua de tortilla
me desangré en vida hasta morir.

L. de A. (5)
(1511a – 1561)

Feo, contrahecho, rengueante,
con un solo diente
colgado en la encía,
entre nos, quiero decirles
que aún no ha nacido
asesino más limpio que yo.
Las muertes que me atribuyen
no me horrorizan más
que las que hoy ocurren en mi país.
Digo "mi país", porque me incluyo
en el que quise morir,
*(...) aquella gloriosa tierra
donde descansarán mis huesos
lo que el cuerpo
tanto trabajo ha padecido.*
Aunque nunca regresé
ni nunca ha sido glorioso el Perú
–salvo que la muerte júzguese como tal.
Aún sobre mis huesos
me encuentro con cadáveres recientes
que la tierra no tolera
bajo su tibio seno.
Les pregunto si no estuve acertado
al renegar del poder
y de los hombres mismos.
Nada es más incomparable
que mis sesenta crímenes
frente a los que los reyes,
presidentes y militares
cometieron en los cadalsos.
Dicho todo esto

prefiero que me imaginen
escribiendo a la luz de una botella
—que mis hombres llenaban de luciérnagas—
panfletos contra el rey Felipe II
dolido porque tenía 50 años
y ninguna heredad
ni seguro social ni jubilación.
Excepto mi hija Elvira,
muerta la pobre por mano mía,
porque cosas que yo tanto quiero
no venga a ser colchón de bellacos,
el Perú nada me dio
y anónimo y vil me hubiera enterrado
en un leprosario del Amazonas
si yo no hubiera teñido sus aguas
con ese color de la sangre
que nos escandaliza.
Mientras apoyo, por última vez,
en mi espada el desconsuelo de sobrevivir,
la farsa se sigue representando:
nunca ha llegado
ningún miserable
a ningún Dorado.
Sólo existen los zumideros,
las víboras, los pantanos
y el crimen en la negra selva.
En cuanto a Pedro de Ursúa,
nada ha llovido sobre su tumba
que no sea mierda.
Ni su belleza ni su amante Inés
ni su forma de fornicar en el río
me parecen dignos de mí,
feo por oposición
y además impotente, viejo,
paranoico y sucio.
Todo lo más,
la corona a don Fernando de Guzmán
como *príncipe del Perú*,
adjudíqueno al escenario
que me fue llenando
los sesos de telarañas.

Jamás habrá poder alguno
que aprecie debidamente a los hombres,
lo afirmo sobre el mismo río
por el que se fueron mis marañones.
Otras son sus orillas
y otro su caudal de sangre,
pero el aire enrarecido
es el mismo que la tierra emana
para explicarnos que la vida
son sus tragedias
y no sus plazos de esperanza.

F. de la C. (6) / A.G. de U.
(1544 – 1578) / (1537 – 1597)

En el potro del tormento confesé, ante el inquisidor
del Perú, Antonio Gutiérrez de Ulloa,
llamarme Francisco de la Cruz, de la orden benedictina,
de 34 años, natural de Lopera (Jaén),
teólogo recibido en Salamanca y catedrático de Teología
en la Ciudad de los Reyes.

*...Sabemos que Antonio Gutiérrez de Ulloa
tenía una libretita donde apuntaba minuciosamente
todos sus gastos diarios, el coste de sus caballerizas,
viajes, diversiones, regalos y limosnas...*

Confesé que mi vida cambió cuando exorcicé a María Pizarro,
sobrina del gobernador ya muerto, quien relataba
visiones y apariciones de diversos santos y dio
en transmitir mensajes que mis compañeros de oficio.
los frailes Luis López, Pedro Torres y Jerónimo Ruiz
de Portilla llamaron asuntos de los "ángeles
de las tinieblas" y cosas del demonio,
a lo que me negué porque la joven Pizarro
me había señalado como el predestinado por Dios
para llevar a cabo, desde el Perú,
las grandes reformas de su iglesia.

*Sabemos que sus partidas más llamativas eran
de alimentación e indumentaria...en su casa
se consumía vino de Castilla (cuyo precio
dobla el de la tierra), higos, pasas, azúcar por arrobas
como alcaparras en barriles, peras, miel
de Castilla (cuyo precio triplica el de la tierra),
aceitunas, plátanos, escabeche de ostiones, nieve,
manjarblanco, lomillo, pernils y productos
de un confitero valenciano...*

Confesé que para cumplir con la misión de Dios

tendría de instrumento a un niño llamado Gabrielito,
repetidamente mentado en las visiones de María,
al cual tuve con doña Leonor de Valenzuela,
hija de doña Elvira de Avalos y mujer del capitán Salazar.

*...Sabemos que en indumentaria registra en su libreta
-para él, su hermano y cuñada-*

*finas y suntuosas telas, algunas de ellas
exóticas: raso de Florencia, seda parda de México,
guantes de Ciudad Real, bocasi de China, etc....*

Confesé que Gabrielito era otro Job, nacido para profeta
de estas tierras porque dijo Dios a María
que Roma está perdida y que de aquí en adelante quiere
que la cabeza de su iglesia esté en Lima
y que el niño sea Papa.

*...Sabemos que era galán y usaba medias de seda
y capotillo corto, y un testigo dijo haberlo visto
con vestidos deshonestos, trayendo 'calzas de terciopelo'
y durante la noche 'ponía lechuguillas como seglar'
porque iba a visitar a sus amantes...*

Confesé que Dios había dicho claramente
que esta destrucción de la cristiandad de Europa
habrá de concluir, como dice también la astrología,
para el año de 1584, que es de aquí a nueve años,
y entonces los mineros, encomenderos y señores
entregarán sus propiedades a los verdaderos propietarios:
los naturales de estas tierras que ahora vagan como esclavos
mendigos alcohólicos pendencieros sin fortuna.

*Sabemos que tan grande era su poder que en tiempos
del virrey Conde de Nieva no se hablaba del inquisidor
del Perú sino del Perú del inquisidor...*

Confesé que prediqué a los clérigos que Dios
les dará licencia para desposarse y a los fieles
tener muchas mujeres, además de quitarles
la obligación de la confesión sacramental.

*...Sabemos que usó los servicios de su comisario
de Huamanga para casar a su hermano, Juan Gutiérrez
de Ulloa, con la hija de un riquísimo minero,
al que atemorizó con su poder...*

Confesé ser discípulo de Bartolomé de las Casas
y de Felipe de Meneses, en cuya obra, *Luz del alma cristiana*,
está escrito que todo cuanto he dicho

ha de realizarse. Pero no es cierto que haya reclamado
para mí las verdades de Lutero.

*...Sabemos que decretó la cárcel para sus enemigos
y que libró de ella a sus amigos...Sabemos que llegó
a dominar el factoraje de las minas de mercurio
y se le acusó de abandonar constantemente su oficio
para festejar a las damas obteniendo de ellas su honra
bajo el temor de denunciarlas ante el Santo Tribunal...*

Confesé que antes de ceder en mis creencias
prefería la muerte y ésta fue el primero de abril
de 1578, en la plaza de armas, donde fui conducido
por el propio inquisidor, quien hizo una larga lectura
de mis cargos hasta hacerse de noche y el virrey Toledo
ordenó traer hachas de fuego para acabar la ceremonia.

*...Sabemos que el afortunado inquisidor del Perú
fue encontrado culpable por el Consejo de la Suprema
y suspendido de por vida del oficio de inquisidor
'en estos reinos y fuera de ellos',
pero esto sucedió cuando ya había muerto...*

I.B. de C. (7)
(1570 – 1612)

Yo era joven aún,
nerviosa, turbulenta,
dueña de una dote de mis padres portugueses
cuando emprendí aquel viaje
a los Mares del Sur.
Antes me casé
con Alvaro de Mendaña,
el Adelantado,
no por amor
ni porque fuera marinero
como todos mis hermanos,
sino porque guardó en sus bolsillos,
durante veinte años,
un mapa con un nombre retórico:
las Islas Salomón.
Salimos de Paita en el año del Señor
de 1595
400 tripulantes en cuatro embarcaciones,
hombres y mujeres de estas tierras
con las estrellas de la cruz del Sur
bordadas en las velas.
A Las Marquesas arribamos
y su bella gente
nos ofreció frutos de palma,
nueces, calabazas
con anafóricos saludos:
analut y atalut.
Mas pronto la guerra reemplazó
las buenas formas:
en las noches tristes del trópico

retumbaron los cañones.

Era nuestra civilización
que llevaba consigo
cuentas de vidrio, ediciones
de la Biblia y arcabuces.

Crecía el fracaso de mi esposo,
crecían las intrigas, los motines,
pero no crecía la ración de harina.

El agua era hedionda
y por hambre hubimos de comer
lagartijas negras, hormigas,
verdolagas venenosas.

Y cuando un volcán
derramó sus fuegos
vino el naufragio de mi hermano,
don Lorenzo Barreto,
y mi esposo agonizó.

Al pie de su camastro
lo obligué a su último deseo:
ejecutar al mal contramaestre,
Pedro Marino, el traidor,
quien ni tiempo tuvo
de pedirme perdón por las injurias.

Frente a dos cadáveres lloré,
pero no cedí
ni me lastimaron los insultos.

Abandonada en un punto remoto
del planeta
seguí siendo la Almiranta
de una tripulación desesperada.

*Tristezas, gemidos, sed
y muertos con lloros de quien les tocaba,
que apenas había día que no se echasen
a la mar uno y dos.*

*Andaban los enfermos
con la rabia arrastrada por lodos.
Las mujeres, con criaturas a los pechos
las mostraban y pedían agua.*

Fui dura con todos
por ganarme con más mérito
el baldón de marrana portuguesa,

roñosa e insensible.
En el colmo del castigo
ordené que embarcaran
los restos de mi esposo
y partimos a las Filipinas.
Quiero recordar los nombres
de las islas que encontré
aunque ninguna me recuerde:
Nukulaelao, Nurakita,
la del infierno, Tinakula, la del volcán,
Rotuma, la de la soledad.
Ahí se quedarán, rincones de la muerte
que tanto nos costaron.
Quiero recordar también a mis hermanos,
al vicario Juan Rodríguez
y al piloto mayor, Pedro Fernández,
quien mientras pudo
escribió nuestras memorias
con prosa de cronista
y corazón de poeta:
*las mujeres (polinésicas): lindas
de piernas, manos, bellos ojos,
rostro, cintura y talla,
y ser algunas más hermosas
que damas de Lima, con serlo mucho
las de aquel lugar.*
Mas quiero recordar especialmente
al ermitaño Juan Leal
curando enfermos, recitando preces,
en cubierta solitario
hasta que Dios lo secuestró
junto a una cuaderna
sentado en una tabla.
Llegué a Manila entre un tronar
de cañones y una escolta
saludando a mis harapos
y a mis 52 sobrevivientes.
Al año me casé otra vez
y regresé al Perú a afincarme
en la villa de Castrovirreyna.
Desde allí escribo este testamento

preguntándome aún
si existen las Islas Salomón
o fue el destino el que me puso a prueba
para demostrar mi fortaleza
entre los hombres.

Que cada quien disponga
de los hechos que aquí escritos dejo.

Déjeme sí el descanso
y unos cuantos versos de Amarilis
sobre mi ataúd:

*hazaña que cien Tassos no emprendieran,
ellos, al fin, son hombres y temieran,
mas la mujer que es fuerte,
no teme alguna vez la misma muerte.*

G.P. de A. (8)
(? — 1615a)

Mi dolor fue más lejos que mi edad,
fue mi vagar sin fin por el país en ruinas
entrando en los ciclos de la tripa negra
(cada quinientos años).
El tiempo de mi dolor es incuantificable.
Pero nostalgia no es.
Es el Perú lo que me duele.
El desplazarme es mi llanto
y el camino mi castigo.
Todo lo he visto desde la soledad
y la fatiga de una jornada.
Es el tiempo del oso apaleado
lamentándose a la luna
por sus colmillos de tristísima blancura.
Mi camino se incorpora a mi llorar
porque el viaje no es una metáfora
del tránsito de la vida a la muerte,
como querían
Manrique y los metafísicos ingleses,
sino la vida en sus diversos plazos de agonía.
Mi caminar es el castigo
de hacer consciente al tiempo,
sus malditos cambios.
Esto lo pienso
antes de bajar a la costa
y ya veo a mis paisanos y a los negros
y Aristóteles puede haber escrito mucho
sobre los esclavos *a natura*
pero no ha visto este apretarse de la muerte,
su vaho a formol, su náusea,
que invade los rincones de mis textos.

Torpe es mi palabra, mas infinita,
porque infinita es la congoja de mi país:
*A algunos arrancará lágrimas, a otros dará risa,
a otros hará prorrumpir en maldiciones,
estos lo encomendarán a Dios, aquellos
de despecho querrán destrozarlo,
unos pocos querrán tenerlo.*

No son verdades,
son heridas que sangran mis manos
como las piedras las plantas de mis pies.
Al situarme entre dos puntos
-de inicio / de llegada-,
la palabra es al tiempo
lo que mi vida al caminar.
Se me ha ido el mundo,
se me han ido mis hijos, mis caballos
y mis perros,
menos el horror.
El cielo está contaminado,
las aves de rapiña anidan en las flores
más bellas del paisaje.
Se me han ido mi casa y mi mujer,
menos mi caminar.
Soy un profeta itinerante en el desierto
cargando un libro en el que pasan
dos reyes, 11 virreyes,
cuatro audiencias, cinco rebeliones
españolas, cuatro incas.
Soy la memoria más dolorosa del tiempo,
conozco cada villorrio, cada hombre
harto de su queja.
Lloro por estos cuarenta años de escribir
y escribir y escribir
la historia inmunda que quise transformar
con la palabra,
ingenua asunción del tiempo y los caminos,
como ingenua es la poesía gritando,
miles de siglos,
por los dolores del humano error.
En la última posada estoy sentado

en la plaza de armas de Lima
esperando que alguien
entregue mi texto al rey Felipe.
Pero el tiempo vuelve a someterme
al castigo del camino.
Moriré sin saber
cuál fue el destino de mi libro.
La Nueva corónica y buen gobierno
fue más lejos que mi edad y mi dolor:
nunca llegó a ningún lugar.

T.A. (9)
(1740 — 1781)

Todavía hablan de mí situándome en el centro
de la imagen —las cuerdas, los caballos,
mi cuerpo que defiende la unidad intacta
de sus miembros—, y remordidos
prefieren mantenerme ingrátido en el aire.

Se llenan de frases elegantes al citarme:
Aquí no hay más culpables que tú y yo,
tú por someter a mi pueblo,
yo por pretender liberarlo.

Y hasta el horror se les antoja recurrente
al indagar en los folios del castigo
lo barroco de mi queja: *Onze coronas*
de hierro con puntas mui agudas,
que le han de poner en la cabeza...
...Por la parte del cerebro se le introducirán
tres puntas de hierro ardiendo
que le saldrán por la boca...

Qué decir de sus sospechas,
siempre irreprochables, al implicar
en la forma torturada
una metáfora de culpas nacionales
(el equilibrio entre mi cuerpo indivisible
y el verdugo que quiere fragmentarlo,
¿no evoca al equilibrio suicida del Perú,
su imposible armonía?).

Y se escudan en los mitos y obsequiosos
de palabras fermentan en mis miembros mutilados
(por los que yo sufro
mientras ellos investigan)

inconcretables utopías: *Cuando su cabeza,*
que escondieron debajo de palacio de gobierno,
se encuentre con sus extremidades,
volverá el tiempo de Inkarrí.

Y esperan que otra vez Areche me coloque
entre los potros del tormento,
y el hacha, ya no los animales,
en las diestras manos del verdugo
separe mis huesos de sus goznes
para encontrar sentido a sus asertos.

Inútil recordarles a los muertos precedentes:
que mi esposa Micaela caminó hasta el cadalso
sin bajar la vista (y eso que llevaba
la lengua hecha un guñapo y salpicaba sangre
en las finas ropas de Matalinares);
que Tomasa Titu se rió de los cuchillos;
que el negro Oblitas derramó dos lágrimas,
no por la inminencia de su muerte,
sino por lo enojoso de las despedidas;
que, en fin, mis hijos aguardaron con paciencia
que uno a uno los fueran destroncando.

Prescindible es el dolor para tan eruditas
reflexiones: ¿abjuré del rey y sus impuestos?
¿Sobreestimé las condiciones subjetivas
y el carácter de masas de la insurrección?
¿No fui un novato en estrategia?

Pero al cabo generosos
exaltan mis virtudes
caras al siglo de las luces:
era un noble arriero que vestía
de negro terciopelo y cabalgaba un potro blanco
y me sabía de memoria a Garcilaso
y montaba el drama del Ollantay
antes de entrar en la batalla.

Un look para el consumo: los cabellos largos
coronados por un sombrero con el pico rombo
y el ala tiesa y circular –ideal
para levantar turistas en el Cusco.

Una tentación de los arcanos astrológicos:
Huáscar versus Atahualpa,
Manco Inca versus Paullu,

Túpac Amaru versus Pumacahua,
los pares fratricidas –Géminis, sin duda.
Una extravagancia de genealogistas:
rastrear sangre de mi estirpe
en las cortes de Polonia y Portugal.
Un recurso del poder:
citar un verso del hermoso poema de Romualdo
(*Podrán matarlo y no podrán matarlo*)
cuando la mancha india se arrebata.
Nada más oportuno para todo
que el agonista prometeico,
el que muere porque no muere.
Si tanto saben de mi vida y de mi gesta
¿por qué no revierten mis fracasos
y después me echan en tierra a descansar mi muerte?

G.A. (10)

(1775 – 1805)

En mi primer sueño veo a Dios sentado entre dos santos
iluminado intensamente por el sol
antes de preguntarle a un ángel
¿dónde está Gabriel? El ángel me señala
entre un coro tumultuoso de querubines y serafines.
Fue a los nueve años (número místico),
yo aún no era un peregrino, ni el profeta
del Antiguo Imperio, ni un buscador de Incas.
Mis padres (si es que fueron tales)
me habían abandonado al rigor de un benedictino,
a sus lecturas de extrema persuasión mediante el foete,
místico también (*el San Martín*),
en cuyas puntas ardían las palabras de la Biblia:
los sueños del faraón interpretados por José,
Jonás y sus reminiscencias fetales,
la epístola de San Pablo a los corintios
(*El verbo ilumina a todo hombre que viene a este mundo*).
La persistencia del sueño impidió la persistencia
del castigo: jamás fui torpe desde entonces.
Pero mi quinto sueño me alejó de mis padres
y de Huánuco, y fui a buscar a Dios en todas partes.
En el Gran Pajonal los campos me narraron
la resurrección de Juan Santos Atahualpa
que ascendió a los cielos sobre la cola de un anfibio.
En los valles calchaquies vi a un cacique ciego
que había recorrido el sur del continente,
con una enorme cruz, anunciando el retorno de Túpac Amaru.
En el Mar del Plata descubrí el llanto de una rosa
y San Gabriel descabalgado me suplicó más lejanía.
Y me marché a Cádiz, y la reina María Luisa,

princesa de Asturias, me asqueó por sus amantes,
y Luis Godoy, primer ministro y favorito,
me enfureció por su cinismo,
y el rey Carlos IV, el violinista,
me enervó por su cornudo patetismo.

España olía a Sodoma mientras yo leía
en el Apocalipsis (1;3): *Bienaventurados los que leen
y (o) escuchan las palabras de esta profecía
y los que observan las cosas en ella escritas.*

Si Dios iluminado me había sacado de mi tierra
también me devolvería a ella hasta mi muerte.

Ya era *químico, náutico, filósofo experimental,
mineralogista, dibujante, géometra y cosmógrafo,*
un hombre –para mis enemigos, los aliados
del Angel de las Tinieblas: los españoles–
cuya cabeza claudicaba o no estaba en su lugar.

Todavía vagué por Lima, Chachapoyas, Cajamarca y Lamas,
enterré a mi esposa (que el Nazareno me ofreció
en mi noveno sueño: *una mujer pobre*)
en una orilla del Huallaga

y obsequié *El llanto de los indios* a un mendigo
que leía borracho, en chicherías y fondas,
y en alta voz, los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso.

Digo "todavía" por decir que mi éxodo
no había culminado en la Tierra Prometida:
a pesar de la esperanza yo era un Moisés trágico.

En mi sueño décimotercero encontré a Manuel Ubalde
y un libro de Santo Tomás en el que estaba escrito:
*Es lícita la sublevación cuando el gobernante
es tirano y posee sus dominios sin título.*

El tiempo estaba por llegar. El tiempo estaba por llegar.

El tiempo del Antiguo Régimen estaba por llegar.
Mas para ser Inca es necesario descender de otro
y juntos fuimos a buscarlo entre las calles del Cusco.
De sus piedras brotaría la verdad, aunque latieran
serpientes, fiebres, sismos,
acallando los gemidos del Angelus.

Cusi Waman fue el elegido después que el arcángel
San Gabriel depositara su mensaje en mi almohada.

El tiempo estaba por llegar. El tiempo estaba por
llegar. El tiempo estaba por llegar pero Dios no me previno

del castigo: *Mientras los onirividentes
interpretaban con pasión el sueño de dos águilas
que peleaban en el mar (¿no era una de ellas yo?),
mientras el club de surrealistas libertarios
leía las falsas visiones del traidor Lechuga,
llegaron los agentes del virrey.*

Y el Inca se esfumó en el sueño sin retorno.

A. (11)

(? — 1812)

No vine hasta el naranjo
a interrogarle por mis padres,
a quienes aturdieron con deberes desde Angola.
Tampoco a llorar por mi hija Inés,
que agonizó con una roncha entre los senos.
Vine a ahorcarme,
bajo el cielo entretejido de sus ramas,
por mi amo, don Ignacio Meléndez, el pulpero,
al que serví durante 30 años,
con honradez y juicio,
como aguador en la alameda de los Pinos,
mientras huían mis hermanos,
a los palenques, a las rebeliones de los indios.
Fue por él, que a diario me exigía 5 reales
añadiendo a mi trabajo las horas del insomnio
en que rogué a los frutos de este mismo árbol
convertir su piel en las monedas del reclamo.
*Muerto el negro Antonio,
muerta la cobranza. No la venganza.*
Lo que pesa mi cuerpo de la cuerda,
bamboleante como el badajo de una campana,
pesa más en sus bolsillos.
El perdió el dinero de mi compra en el mercado
(más que una carreta o tres caballos),
mi trabajo y el cupo cotidiano —sin contar
la deuda que habrá de contraer con mi familia.
Así están escritas las leyes de la servidumbre
con que deben castigarlo por mi muerte.

M.C. (12)
(? — 1824)

¿Ustedes han visto sobre la pampa de Quinua,
entre el cascajo y las secas tunas,
unos huesos demasiado sucios para ser reconocidos?
Me pertenecen. Están allí como la yesca inculta
con que los niños pintan los nombres sonoros
de los héroes del Perú.
Dura es mi cama, como en vida, repetido mi ayuno.
Agreguen además las lluvias y los perros,
los huesos de los muertos más recientes de Ayacucho.
De nada sirve. Despliego las verdades
de mis gestas como un vendedor ambulante. Transpiro
el aire asociativo a las exudaciones gloriosas
(liberté égalité fraternité) para reñir
conmigo mismo. Como en vida. Como cuando salí
del Cusco para hacer la guerra que venía del sur
con San Martín y sus granaderos elegantes.
Y estuve en Chile pero no tuve tiempo de echarme
en sus viñedos. Mucha algarabía. Mucha ebriedad
independentista: O'Higgins, Miller, Cochrane habitan allí
bajo un sol hipertrofiado por sus reflejos metálicos.
A su lado no soy el enemigo, sino el aliado,
el que viene del montón, el monotonero.
Y con Cochrane me embarco y no he visto playas más bellas
ni mar más calmo que en Paracas.
Contemplando el santuario de los animales,
la armonía natural, esa afección rousseauiana,
se expende a precio módico en cualquier esquina:
cada quien trueca una nueva ley por un emblema,
un proyecto por un ícono, una constitución por un blasón.
Mucho discurso. Mucho liberalismo. Mucha mística.

San Martín agita una bandera que es besada
por las mismas masas que semanas atrás
despidieron con dolor al virrey La Serna.

Ya destacan en la avant-garde los ex marqueses
Riva Agüero, Torre Tagle y Berindoaga, con sus frases
de exaltado nacionalismo. Ya se hacen visibles
las insinuaciones monárquicas de Monteagudo
y la pluma persuasiva del ciudadano ministro
Hipólito Unanue, dueño de la plaza de Acho
y ensayista como pocos, que en el *Mercurio Peruano*
nos demuestra científicamente la debilité
fragilité inferiorité de los indios.

Los intelectuales orgánicos de una colonia en quiebra
son los intelectuales orgánicos
de una republiqueta en un tubo de ensayo.

Ya hay un estilo: es la *peruana blandura*:
coquetea, desprecia y olvida en un proceso sincrónico
en el que intervienen el serrucho, la franela
y la virtuosa caligrafía de la intriga.

Es un principio físico. Y yo lo descubro
desde mis campos de batalla donde son mis medallas
sarpullidos, sed intensa, heridas que brotan
como flores. En Cahuachi mis hombres agonizan
sobre la bosta humeante de las mulas.

En Copari, el crujir de sus huesos es como el frotar
de mil guijarros del lecho seco de un arroyo.
Son sus trajes puros remiendos, sus armas, la chatarra.

Sus nombres –Culluhuanca, Cairo, Terreros,
Mayta, Cascayanri, Cuyubamba, Huavique–
no aparecen entre las firmas del acta
de la independencia del Perú. Los mismo da. Ya hemos sido
clasificados por el mismo veredicto:
indio, jetón, gavilán, bárbaro, ignorante.

Retórica insurgente. Pero no se confundan,
aún no somos el enemigo, sino el aliado, el que viene
del montón, el montonero. Además la guerra continúa.
San Martín se aleja encapotado en sus enigmas
(¿casta viudez a lo Machado?, ¿misoginia?)
y cede el escenario al libertador Bolívar.

Todo se desploma a su paso. Los ex marqueses

no se ponen de acuerdo hasta encontrarse en el bando
de los españoles (¿pero cuándo salieron de él?,
se pregunta el populum). Tenemos a fuerza que creer
en la diáfana elocuencia del venezolano.
Y yo le envío alimentos en tiempos de escasez, guerreo
en los valles cusqueños, incendio Maranga, salvo
por un pelo en Ica, como alma que lleva el diablo
estoy en Tarma, organizo montoneras en Cerro de Pasco,
distribuyo espías en Apurímac. A estas alturas
mi cansancio no tiene dudas ni días de guardar.
Ellos, los Bolívar, Sucre, La Mar, Santa Cruz,
y todos los demás, ganaron sus guerras
y nosotros las heridas. Díganlo si no las batallas
de Junín y Ayacucho, que me sacuden de pesadillas
y la muerte me vuelve a subir por las espuelas.

F.T. (13)

(1803 – 1844)

En aquella ciudad pude ser casi feliz. Arequipa:

 lienzos blancos, autos sacramentales,
la honra y la riqueza de los Tristán y Moscoso
 consagradas en el atrio de la catedral.

Pude ser la francesita un poco tocada
 que todo lo sabe y lo pregunta.

Pero me alteraban la música de entierro, las procesiones,
 las peticiones de herencia, de constancias
matrimoniales, de virginidades remendadas.

 Estaba harta de recordar al imprentero Chazal
y al capitán Chabrié, quien quiso amarme entre dos mares.

 Estaba harta de mi NO argumental y enfático.
La escritura comienza a reemplazar a mi ansiedad.

Las mujeres de Arequipa, como las de Lima,
me han parecido superiores a los hombres.

 ¿Feminista? ¿Hay necesidad de serlo?

Pero además me apuran las fiebres, las comilonas,
 los indios ataviados con ese silencioso
mimetismo de la muerte, las discusiones
 sobre la historia y la república.

Fraseo inútil. Sigo escribiendo. La hija
 de un amor ilegítimo tiene hambre,
dos hijos abandonados en una casa de orfandad
 en Suiza y una inoportuna
necesidad de transmitirlo. Observo, intervengo,
 clasifico las lamentaciones por número y género.

No hay mejor campo de prueba que el Perú.

 Sus militares, por ejemplo. Suena a virtuosa
la ejecución de sus sones y marchan elegantes
 a convencernos de sus glorias incompetentes.

Pancho Fierro los pintó mejor que yo.

Sarabanda de un día cualquiera. El telégrafo suena,
el complot justifica la inversión

(y mi tío, por supuesto, corre de un bando a otro
haciendo colocaciones bancarias). Llegan las huestes
de Orbegoso, retroceden las huestes de Bermúdez
y yo sigo apuntando: *matar a la víctima es menos criminal
que prepararle un porvenir de calamidades.*

Les guste o no y me nieguen por ello

la mesada familiar. Una provocadora. Una subversiva.
Puras temeridades mías que el hombre quiere
reprocesar aplicándome el consuelo de una palmada
en las nalgas. Después de todo, no soy más
que una paria en tierra de nadie. Y así
me despido de la Mariscala, quien también
se despide del Perú y de sus gestas.

¿Y a quién le importa que empecé a escribir
y a creer en el socialismo cuando conocí ese país?

Viajes proféticos a Londres antes que Marx y Engels.

La ciudad son sus toscas advertencias
y yo soy hija de la revolución industrial,
me lo meten por los ojos esos burgueses satisfechos
que aplauden la música de Liszt (la horrenda
música de Liszt que aún escucho en un hotel
de Bordeaux pocos días antes de morir). Me lo graban
cuando visito las minas de carbón

y las casas-tabernas-prostíbulos del faubourg.

Obeliscos de la tecnología, producción
standarizada, en gran escala, motores a vapor
de 500 caballos de fuerza. Y debajo

de ellos: los obreros, las mujeres,
tibios asnos complementarios,
creadores de una *poesía sombría y terrible.*

*Tal es el destino de los habitantes
de la monstruosa ciudad, siempre agobiados
por la fatiga, hollados por su fisonomía
y agrios de carácter.*

¿Y a quién le importa que por este manifiesto
mi ex marido me disparara dos balazos?

Recapitulación del texto interrumpido,
la mujer imprudente moteja a las palabras de cobardes,

recuerda la buhardilla de París
donde murió su madre atormentada por la miseria.
Y así me encuentro en Francia con la jerga callejera
y la pasión del discurso futurista.
Burbujas emocionales contra la peste patriarcal.
Odio a los obreros cuanto más los amo,
odio a las mujeres cuanto más las limpio
de la burla recurrente: *ineptas aún*
para hacer un buen almuerzo (como decía
el sha de Irán). Y vendo mis panfletos, acumulo
mis ligas proletarias en una libretita.
¿La comuna de París? No era el tiempo aún. No compongo
la Internacional porque me apuran las consignas
unionistas, las correcciones de galeras en la imprenta.
No calculo el peso y tamaño de los pájaros
que emigran al Mediterráneo porque no hay
quien me declare huésped de mi propia casa.
¿Y quién es el culpable? (volveré a mi padre, etc.).
Toda esa mafia institucionalizada.
Me pongo de mal genio, siento demasiado cerca
la soledad, mis hijos se someten
a sus propias convicciones y aún no encuentro
el caballete de mi nieto Paul Gauguin.
Desde un hotel (siempre desde un hotel) veo caer
las hojas de los tilos, el tintero se seca,
mis papeles se esparcen.

A.C.V. (14)
(1838 – 1911)

Nací mientras un toro celeste bufaba
desde los cuernos de una luna menguante
escupiendo estrellas sobre el río Rímac.

Me llamaron Angel Custodio
y fui negro como el océano dormido.

No recuerdo mi infancia,
esa humillante frase hecha de adobes.

Pero recuerdo una ardua faena:
enfrentarme a 20 toros en un día.

Mi vida pertenece
al barroco tumulto de la fiesta brava:

Angel Custodio Valdez frente a Arabí Pachá
con un sable de caballería

(tiempos de Castilla,
el libertador de mis hermanos,
y tiempos de Echenique,
el primer estafador de la República);

Angel Custodio Valdez frente a Cucharero
en la plaza de toros de Madrid

colocándole banderillas con la boca
(tiempos del rey Alfonso XII);

Angel Custodio Valdez
toreando a los 71 años

a su último cornúpeta llamado Rompetablas.
No firmé autógrafos,

no llené el hotel Sheraton de rosas y muchachas,
no dejé un estilo Valdez.

Pasé de largo hasta el siglo XX
derramando en Acho

el aroma de incienso de mi raza.

K. (15)

(? – 1870)

Entre el mar y los cañaverales
mi caballo relincha pintado de azul y rojo
(el símbolo del ying y del yang).

Los señores huyen de sus mecedoras
acomodadas bajo el dintel de la casa-hacienda,
sus esposas arrojan sus bordados,
abanicos y sombrillas,
los perros aúllan.

Un corneta y un atabal me flanquean
en el horizonte poblado de chinos.

Es la chusma traída al Perú
sin más señales que la jeta amarilla
y los ojos como pinceladas violentas.

Bajo a Araya, avanzo a Upacán,
tomo Pativilca.

La noche baja por los riachuelos.
En el paisaje incendiado pienso en la esposa
y en los hijos que no tuvimos,
en el contrato por ocho años
que agregé a nuestra fatiga
látigos y grilletes.

Pero no puedo pensar en Cantón.
La madrugada baja de Pativilca a Barranca.
Yo no escribo manifiestos, no soy comunista,
Chon-Sai no ha leído a Confucio,
Sui-Ki no conoce a Li-Po o a Po-Chu-Yi,
no hacemos la Gran Marcha,
la Revolución Cultural,
pero sabemos que el presidente Balta
ha dicho en el Congreso:
La agricultura del Perú

*es como la Venus de Milo:
bella pero sin brazos.*

Y firma un decreto por el que traen
más chinos para construir los ferrocarriles
y trabajar en las islas guaneras.

*Y se estremece la tierra / gritos de guerra
llegan, escribe Po-Chu-Yi,
y Tu-Fu: Los campos están abandonados /
las guerras y las matanzas
no terminan nunca.*

Pero yo nunca los he leído,
sólo sé que el sol de los cañaverales arde.

Es la guerra de los rostros pintados
que dura un día

como el breve verso imaginista.
En Barranca, el coronel Rodríguez
repasa a los heridos en la batalla,
pero los hacendados no quieren campañas punitivas:
la Venus de Milo debe reconstruir su belleza
con brazos chinos

como los que usa el presidente Balta
en su hacienda de Jequetepeque.

Los negros y los indios huyen hacia el desierto,
los chinos se ahorcan en una cueva.

El agua baja rumorosa de queja suicida,
mi caballo solitario baja por el mediodía.

H.M. (16)

(1812 — 1875)

Para construir un tren es necesario
trazar una cuarta imaginaria por los cerros,
aprenderse de memoria un poema
como el *Transiberiano* de Blaise Cendrars
y no evitar la tentación
de llevar los rieles hasta el cielo.
No cuentan ni durmientes ni pernos ni locomotoras
ni trabajadores, que el gobierno,
sucesiva y/o simultáneamente,
los trae de los bosques de Oregon,
de las factorías de New Jersey y Liverpool
- y de los puertos de la China.
No cuenta la biografía del ingeniero constructor
ni que sus enemigos digan
que nació entre los *Swamp angel's* de New York
y que fue estafador en California
(*Sus pérdidas se calculan en dos millones*
y medio de dólares, said general Sherman).
Tampoco cuentan las mentiras de los historiadores:
Henry Meiggs vendió su palacete en Chile
en una rifa que ganó su propio mayordomo, el cual
volvió a vendérselo y Henry Meiggs
ganó su propia casa y el dinero de la rifa.
Para construir un tren no importa que una recua
de mulas sea más barata que un tren,
o que el país se desenfrené
en una manía constructora: que Pedro Ruiz Gallo
construye un reloj que da las horas,
los minutos, los segundos,
toca el himno nacional, cuenta la historia

desde Manco Cápac hasta el presidente Balta
(antes de ser asesinado por los Gutiérrez brothers)
es irrelevante cuando uno quiere construir un tren.

Nadie ha de perder su merecido paraíso
por culpa de los puentes eiffelianos,
esos armatostes que no nos dejan recordar
el último milagro de la beatita de Humay.

Nadie ha de perder por algunos despropósitos:
destruir murallas coloniales, importar más chinos,
aplicar el *big stick* a los obreros
(chilenos peruanos bolivianos),
comprar terrenos a precios irrisorios
que una vez urbanizados adquieren 1500% de ganancias.

Anecdóticos son los celos de banqueros
y aristócratas —quienes, como hay que comprender,
quieren su tajada, y nada malo veo en ello.

Si se hincha el presupuesto y se escriben
malos versos (*La guaneida*, de García Sanz),
si se ponen en boga la zarzuela y el empaapelado
de las paredes interiores,

no es cosa que deba interesar
a quien debe construir un tren.

Por último, para construir un tren,
y cuando se trata de más de uno,
es menester decirlo, aunque cínico parezca,
no importan los muertos por verruga o paludismo
ni el heroico sacrificio de Daniel Carrión.

Mucho menos que el país esté en bancarrota
porque no hay guano ni la casa Dreyffus
otorga más créditos para construir un tren.

Ni siquiera que la guerra esté a tiro de cañón.

Sólo es necesario trazar una cuarta imaginaria
por los cerros

y antes que aprenderse de memoria
un poema como el *Transiberiano* de Blaise Cendrars
comprar las voluntades del gobierno

T.L. (17)
(1853 — 1884)

Y acudí al matadero (*el general Cáceres me escribió
que fuera a visitarlo y me apresaron por su orden*).

Y el presidente del Consejo de Guerra, Carlos Galdós,
me sentó en el banquillo de los acusados
(*y yo era Inca de mis montoneros de Colca y Moya*).

Y comenzado que hubo el juicio
el corresponsal de *El Comercio* me acusó de no pelear
contra los chilenos sino contra "la raza blanca"
(*y yo había combatido en las batallas de San Juan
y Miraflores en las que murieron
8/10 de indios con las cabezas reventadas, abandonados
por sus oficiales, como escribieron
un soldado chileno y Manuel González Prada*).

Yo respondí que había ejecutado a los traidores,
que eran todos hacendados, por órdenes del general Cáceres.

Y el primer testigo que se presentó
fue un familiar del desertor Giráldez (*y éste es aún
el nombre de una calle de Huancayo*),
señalándome como el asesino de su tío
y del cónsul de Guatemala, señor Wheelock,
a quienes —según dijo— liquidé en una choza.

Yo me negué diciendo que no había sido yo
sino su propio hermano
(*y después de las batallas de San Juan
y Miraflores retrocedí a la ciudad de Lima
la noche del 15/1/82*

*y la turba limeña nos gritaba 'comunistas'
y nos odiaba más que a los chilenos*).

Y después se presentó la viuda del gobernador
de Moya a acusarme de la muerte

de su esposo. Mi compañero Briceño le respondió
que fue muerto en un horno de ladrillos
después de declarar que había servido a Barahona,

Del Canto y Urriola, oficiales enemigos
que habían dirigido la División del Centro
*(y los soldados chilenos incendiaban el valle
del Mantaro e imponían cupos a los hacendados
que éstos imponían a los indios).*

La viuda gimió en medio de la sala
mencionando a un molle bajo cuya sombra
yo habría cometido mil atrocidades. Y llamó a otro testigo
quien dijo conocer a varios mutilados
*(y el general Cáceres ordenaba saquear las propiedades
de los colaboracionistas e imponía cupos
a los hacendados que éstos imponían a los indios).*

Mi compañero Santisteban rechazó la acusación
expresando que el molle era el árbol de los juramentos
y no de las venganzas. Y una vez
que pasaron todos los testigos, el presidente
del Consejo de Guerra me interrogó por el nombre
de las haciendas destruidas o esculcadas
*(y mis montoneras habían luchado victoriosas
en las batallas de Marcavalle, Pucará y Concepción
y destruido una avanzada en Izcuchaca
que salvó la retirada de Cáceres).*

Enumeré las que entonces recordé: Antapongo,
Ingahuasi, Acostambo y Huando.

"¿También la hacienda Tucle?", me interrumpió
Nemesio Ráez, miembro del tribunal.

Y yo dije que sí.

"¿No sabía que era propiedad de la tía del general
Cáceres?", terció el presidente,
y yo volví a decir que sí *(y la tía del general Cáceres,
Bernarda Piélagos, hospedó a los chilenos
pero no permitió que mis montoneros ingresaran
a sus tierras a saludar al general
porque dijo que eran indios).*

Y Nemesio Ráez pidió permiso al presidente
para enumerar lo que yo habría saqueado:

1215 cabezas de ganado vacuno, 3279 cabezas
de ganado lanar, 407 bestias de avío, además

de dinero en efectivo, joyas y alimentos
de panllevar. A lo que repliqué que el botín
había sido llevado al campamento del general Cáceres.
Y Nemesio Ráez volvió a pedir permiso al presidente
para decirme que la paz se había firmado
y yo seguía saqueando (*y el propio general Cáceres
había rechazado la paz que suplicaban los terratenientes
y por eso era boicoteado por sus camaradas de armas:
el vicealmirante Montero, su amigo personal,
conspiraba para liquidarlo y el general Iglesias
felicitaba a Gorostiaga en una carta,
el coronel chileno que había derrotado a Cáceres
en Huamachuco guiado por el hacendado Duarte*).
Yo pregunté en alta voz: "¿Cuál paz? ¿La del general
Cáceres o la del general Iglesias?
¿La del dictador Piérola, que había huido del país
dejándole la presidencia a Montero,
como hacía cinco años había huido el presidente
Mariano Ignacio Prado? ¿O la del presidente
Francisco García Calderón, designado a dedo
por las tropas invasoras y que estaba preso en Chile?
Y Carlos Galdós se levantó indignado golpeando la mesa
de la presidencia. E ignorando mi pregunta
se dirigió al tribunal para ordenarle que ésta
no constase en actas "porque el acusado
no distingue a los combatientes de la guerra".
Y para demostrarlo me inquirió por los nombres
de los héroes del Perú: Miguel Grau y Francisco Bolognesi.
Le respondí que no los conocía.
Y volvió a inquirirme, esta vez para que diga
cómo identificaba a los chilenos.
Y yo le dije que eran soldados del general Chile
como había soldados del general Cáceres
y soldados del general Iglesias.
Y el señor Carlos Prialé Morales,
miembro del tribunal, intervino llamándome borracho
e ignorante (*y yo era Inca de mis montoneros
de Colca y Moya que habían luchado contra Urriola
en Huacrapuquio, Caratopampa y San Jerónimo*).
Y Ráez y Galdós, al unísono gritaron
porqué me había hecho Inca, y respondí.

que porque un Inca nos libraría de tanto general
y tanta guerra y tanto cupo
*(y otras montoneras se habían alzado en Comas
y Pariahuanca, y al año de mi muerte
Atusparia y Ucchu Pedro en el callejón de Huaylas).*

Y otra vez, al unísono, Ráez y Galdós
me preguntaron qué significaba para mí el Perú
y yo grité que ése era el nombre
del dolor de mis hermanos.

Y cerrado que fue el juicio, a mí,
Tomás Láinez, de 31 años, natural de Colca,
casado, con tres hijos,
y a mis lugartenientes Briceño y Santisteban,
nos vendaron, nos maniataron, nos sentaron
en una banca de la plaza Huamanmarca
y nos fusilaron por orden del Consejo de Guerra
y la aprobación del general Cáceres
*(y fue el 2 de julio de 1884, a las cuatro de la tarde,
y aún hay flores para mí
en los pueblos altos del Mantaro).*

J.A.M. (18)
(1832 — 1903)

Extiendo mi plano sobre la mesa, acerco el candil,
me siento, bebo un sorbo de vino,
busco una regla y un lápiz, corrijo sobre el plano,
me levanto, me pongo el abrigo,
salgo a la calle a comprar una salchicha
muerto de frío. Regreso, me echo en la cama,
no puedo dormir, la idea me sobresalta,
vuelvo a ponerme el abrigo, dos pares de medias,
no es el frío el que consume mi vigilia.

Me siento en la mesa, hago otras anotaciones
prolijamente: *Para imprimir es necesario
una estereotipia de consistencia maleable.*

¿Qué estereotipia? ¿Qué consistencia?

¿Qué maleabilidad? Coloco el lápiz
en el bolsillo superior del abrigo, bostezo
por no deprimirme, por no bostezar
retrocedo la silla, camino hasta un libro
de Shakespeare, me detengo en un verso:

La locura de mi alma no osa declararse,
retorna el miedo, me pone una soga en el cuello,
un nudo corredizo que los marineros llaman
la margarita, arrojo el libro traducido por mí,
me sirvo más vino, pido más imaginación
para desentrañar esta máquina, hablo en voz alta
dirigiéndome a la joven que ya no me ama,
recuerdo sus paseos por las ramblas
escuchando temblando atendiendo
este discurso mío

monotemático monomaniaco monogramático:
más altos los alfabetos, más circulares

*y luego más perpendiculares. El manubrio debe
dar vueltas de modo que caiga perfectamente
la letra sobre la pasta maleable. El componedor
y el cliché deben tener más ligereza...*

Odio a Gutenberg, su primaria invención,
su dinosaurio que tiernamente me ofrece
una hoja de trébol en su larguísima lengua,
mensajes sobre mensajes: sellos moldes caracteres,
y para quitármelos de encima (a la novia
mediterránea, al alemán impresor, al dinosaurio
que ventea en mi nuca) salgo al balcón
a las tres de la madrugada, contemplo a lo lejos
el puerto por el que desembarqué
exactamente 400 años después que Fernando de Aragón
recibió a Cristóbal Colón,

y el puerto de Barcelona me devuelve al del Callao
donde escribí: *La vida es como el árbol del camino /
cuando soplan las brisas del otoño, /
a cuya sombra se sienta el peregrino /
buscando sombra, refrigerio y paz.*

Y el puerto del poema me devuelve al Perú, a su fatalidad,
de la que huí, otra vez el miedo me baja el mentón,
me aprieta la espalda entre los hombros.

Regreso a Shakespeare: *He sufrido las torturas
de tres distintas muertes.* ¿Por el mal poeta,
por el buen traductor, por el peor inventor
de una máquina impresora que jamás funcionará?

Verso premonitorio, verso sufriente, verso biográfico
que frena trueno disuena y me arroja a los huracanes
decisivos: lleno de deudas, solitario,
me levanto, veo a un perro nocturno,
arrollo mis planos, anudo una sábana
a la ventana del hotelucho, desciendo por ella,
corro hasta la estación, llego a París.
Mis planos siguen en los bolsillos de mi abrigo,
frente a un vitral me limpio la boca,
me contemplo: tengo 61 años, huelo en el aire
los muslos de mi muchacha
que pudo amarme como Ulrika a Goethe
si el maldito Moloch hubiera prensado

la escritura inocente de un poema de Mallarmé.

No voy a tirar piedrecitas al Sena
ni me arrojó a los rieles del Metro,
no entro más a los talleres de imprenta.

Simplemente me siento en una banqueta, recojo
las hojas secas del castaño, las apilo
alrededor de mis planos, y les echo fuego.

Y así me quedo, me quemo. Y así me esfumo.

F.A. (19)

(1868 – 1904)

1/

Una vida igual. En lo mismo. Es la vida.
 Algo hecho. Una idea muy gastada
de problemas, de trabajos, de familia.
 Eterna reproducción de las necesidades,
poca es la oferta y excesiva la demanda.
 Las filas de obreros en las calles.
Destinos sobre destinos: callejones, tugurios,
 barrios extramuros de la ciudad.
El siglo XX en sus inicios, lío de historiadores
 del movimiento social, y de poetas.
Las aguas volvieron a su cauce, se cerraron
 las heridas de la guerra, la revolución
de Piérola pasó, los aristócratas gobiernan.
 Sí, todo eso, pero también se habla
de progreso. Hay obreros como cancha:
 panaderos, textiles, tipógrafos, portuarios.
Nuevas técnicas para desarrollar
 una vieja explotación. Menos que los sueños
constructivistas de la ciudad capital
 son los sueños inoportunos de los trabajadores.

2/

En las fábricas oscuras el monstruo tecnológico
 disimula los nombres de anónimos amores,
los primeros vales, las apuestas semanales
 al Alianza Lima o al Atlético Chalaco.

Desembarca con los hombres que citan a Bakunin
y llega siempre la noche y en las asambleas
de las Sociedades Unidas alguien lee en alta voz
los últimos artículos de González Prada
publicados en la prensa obrera
(Los Parias, Simiente Roja, El Oprimido,
La Verdad): *¡Qué náuseas sentiríamos,
si conociéramos los crímenes
y bajezas que simbolizan la banda de un presidente,
la mitra de un obispo, la medalla de un magistrado
y las charreteras de un general!*
Su palabra es más convincente
que los besos de una muchacha en el puerto.

3/

Pero uno ya tiene tres hijos y la esposa
equilibra el presupuesto lavando ropa
en la vecindad. Leyes de la austeridad (en la casa)
y leyes del dispendio (en el gobierno
y las empresas). Crece mi prole proporcional
a la plusvalía que usufructúan
los dueños de las compañías de importación/exportación:
Aguila, Cox, Grau Marítima, Duncan Fox y La Unión.
Crecen los jornaleros en Muelle y Dársena,
los gavieros, enganchadores y cambiadores
en el ferrocarril inglés
pero el jornal nunca crece.
*En el mundo no hay sino dos patrias:
la de los ricos y la de los pobres.*
16 horas de trabajo. La ética de la pesadumbre.
Grúas, levantadoras, pero siempre
abajo el cuerpo, más abajo del jornal.

4/

El viejo cielo se comba, dos pájaros marinos
levantan vuelo, el olor de las panaderías

me hace llorar. Una deuda, la vida. Pura apremiante lucha.

Ciertamente no es humo de incienso
lo que envuelve a la calle Manco Cápac del Callao.

Suenan disparos, hay cierrapuertas,
las ancianas se santiguan, los niños se esconden
en las azoteas. Y ya viene el último asalto
de la caballería y un muerto yace sobre los adoquines.

Soy yo, Florencio Aliaga, *el primer*
mártir obrero del Perú.

J.C.A. (20)
(1864 – 1936)

Escenario necesario (1)

La ópera de Manaus en medio de la selva con sus mármoles de Carrara devorando los rayos de una luna perpetua. Actúan, simultáneamente, Enrico Caruso, Sarah Bernhardt y Ana Pávlova. Entre los diez mil asistentes destacan Eduardo González Ribeiro, alcalde de la ciudad, poco antes de morir por mano propia en un ataque de locura sexual (como el personaje de *El imperio de los sentidos*), el colombiano Germino Garrido, *el rey del río Icana*, con su legión de putas bullangueras que presencian el espectáculo desde un Mercedes Benz protegidas por su pequeño ejército apostado en el malecón, el peruano Fitzcarrald y el boliviano Suárez (abuelo del actual rey de la cocaína en su país), quienes sembraban el Amazonas de sombreros blancos de ante traídos desde Escocia –y las aguas ocre espesas del río parecían un mar de lotos.

Afuera, Manaus, *la perla del Amazonas*, parece una maqueta de la ciudad que nunca fue: prefabricados made for Eiffel, el Gran Hotel, el hipódromo, el tranvía más lujoso que el de Boston, 36 consultorios médicos, 23 almacenes de primera clase, 11 restaurantes de cinco tenedores, 9 tiendas de modistas y otras tantas de sastres, 7 barberías, 7 salones de billar, 7 librerías (que pocas personas, incluyéndome, frecuentaban), 4 joyerías y 3 empresas funerarias que tenían un cartel en la fachada –que nadie leía–: *Esta agencia proporcionará ataúdes gratis a personas de reconocida pobreza.*

Familia, empresa y utilería diversa (1)

La familia es una empresa y viceversa. El patrimonio
es diseñado bajo forma de pirámide:
yo, mi esposa Eleonora, mi hermano Lizardo y mi cuñado
Bartolomé...Un jefe de confianza que visita
periódicamente cada campamento (El Encanto, La Chorrera,
Matanzas): Armando Normand, boliviano...
Un capataz: King, natural de Barbados, mudo, negro,
incorruptible...Un ejército muy disciplinado,
aunque pequeño (de 500 negros barbadenses), que a la
vez que evita la anarquía de los campamentos
vigila la frontera del apetito voraz de los colombianos...
Dos barcos tipo Mississippi (*El Liberal*, de uso
personal, es intransferible)...Fusiles Winchester,
revólveres Smith & Wesson, escopetas, machetes,
hachas, tiendas de campaña, teodolitos, brújulas...
Sal, azúcar, ron, aguardiente de caña, kerosene,
lámparas, ollas, sartenes...Cocineros carpinteros
cazadores pescadores guías motoristas
ahumadores leñadores...La mano de obra proviene
de los *flagelados* (la gente miserable de Brasil)
y de ocainas boras huitotos andoas omaguas e iquitos...

Estilo de vida (1)

Dos sentencias: *austeridad y recogimiento familiar,*
y actividad, perseverancia y trabajo.
Un sueño: poblar todo el país de árboles caucheros.
Una canción: *La hilandera.*
Un amor: Eleonora Zumaeta, mi esposa.
Una misión: redimir a los indígenas
de su estado errático y salvaje –practicada
desde que salí de Rioja, a los 15 años,
a vender los sombreros que mi padre fabricaba.
El costo implica un sacrificio
y el padre o.f. Salas tiene al respecto
algo que decirnos: *Mediante el terror*
y el castigo moderado (los nativos selvícolas)

*se verán obligados a recurrir
a la piedad del padre misionero.*

Un enemigo: Walt Hardenburg, norteamericano,
agente de los colombianos, quien se valió
de falsos testigos, de un periodista nacional,
Benjamín Saldaña y Roca, y del amarillismo
de los diarios ingleses (like *The Truth*)
para destruir mi empresa (mi familia).

Historia del imperio (1)

En 1495 Colón había visto a los indígenas de Haití
jugar con pelotas elásticas,
pero sólo en el XVIII Charles Marie La Condamine
le puso el nombre al árbol que las producía:
caouchoux, "árbol que llora", en la lengua omagua.

En 1839 Charles Goodyear, un enfermizo inventor,
solucionó por fin el enigma del *Hevea brasiliense*:
fue en Massachussets, cuando rozó al azar
una mezcla de goma y azufre con la tapa de una estufa caliente.

En 1876 el inglés Henry Wickham, con ayuda
del cónsul Thomas Shipton Green transportó clandestinamente
11 mil semillas del mejor *Hevea* a los Kew Garden's.
Esto le valió ser condecorado por el rey Jorge V
por los invalorable servicios prestados
a su majestad y al Reino Unido.

En 1888, poco antes que yo desposara a Eleonora,
John Boyd Dunlop, en su afán de ayudar a su hijo
a ganar una carrera de bicicletas, perfeccionó
la llanta neumática de caucho. Fue en Belfast,
Irlanda del Norte.

En 1890 los sembríos del archipiélago malayo
(donde habían sido llevados los arbustos
crecidos en los jardines de Kew) dieron sus primeros
frutos: bloques de caucho color ámbar
llegaron por primera vez a Londres alcanzando
el precio de dos chelines cuatro peniques la libra.

Anecdotalario inevitario (1)

Cable (mío) enviado en 1906 al presidente Pardo:

*Tengo 500 negros armados con Winchester.
Esencial usted mande Mannlichers (cañones). Personal
suficiente esperará llegada nuestras tropas
para montar operación unida contra invasión colombiana.*

Anecdotalario inevitario (2)

(Según Sir Roger Casement, testigo en el juicio que me
siguieron en Londres en 1908): *Dijeron los testigos
que en la Chorrera y en otros 19 campamentos de caucho
establecidos a lo largo del río Putumayo
y otros no mencionados en los ríos Pará, Igara-Paraná,
Yaquerana y Purús, los indígenas
viven como esclavos. Para forzarlos a su ingreso
en la Peruvian Amazon Co. se practica
regularmente la llamada 'correría',
de la que llegan encadenados. No
se les retribuye con dinero el trabajo que efectúan
durante 18 horas diarias en las plantaciones.
Los que fugan son habidos por el barbadense King
y el boliviano Normand y luego fusilados.
En la navidad de 1895 este último confesó públicamente
haber festejado la santa fecha de la cristiandad
ultimando a dos nativos en la orilla del Putumayo.
Se trataba de un niño y de una adolescente
de 15 años. En otra oportunidad Normand azotó 50 veces
a un hombre por robar un trozo de sal.
Uno de los que presenciaron el castigo pretendió huir
para denunciar estos maltratos pero no pudo
hacerlo porque fue horriblemente mutilado en un barco
y luego arrojado al río.
En sólo 10 años de esclavitud y violencia
la Peruvian Amazon Co. ha producido
4 mil toneladas de caucho, que representan un total
de un millón y medio de libras esterlinas.
Pero 30 mil nativos han muerto para conseguirlo.*

Estilo de vida (2)

Odio a los caucheros, sus extravagancias, su megalomanía.

Odio a Manaos, su lujuria, sus casas de nuevo rico,
su boato, sus prostitutas, su concupiscencia.

Odio a mi hermano Lizardo, alcohólico, ignorante.
Odio la intriga y la queja blanda de los diplomáticos.
Odio hablar de negocios en la casa.

Escenario necesario (2)

El Yaraví (donde fui pasto del paludismo)
el Igara-Paraná (donde una tribu quiso asesinarme),
el Putumayo (donde salvé de un naufragio y Eleonora,
sin saberlo, fue viuda por dos meses),
el Amazonas (que *simula una sierpe de cristal*,
en el verso enfebrecido de Chocano).

Fueron mis *camino s móviles*, como alguna vez
los llamó Blas Pascal. Por esos ríos
de ancha espalda bajaban mis barcos de ancha rueda
mientras los tripulantes cantaban *La hilandera*
y los lagartos huían aterrados de las playas estivales
y las garzas elegantes volaban en parvadas
iluminando el cielo empapado de presagios.

Historia del imperio (2)

(Fechas registradas en mi agenda): 1911,
el caucho inglés inundó el mercado.
1921, fui acusado de promover la independencia
de Loreto del Perú.

1922, el Perú cedió cobardemente
Leticia a Colombia -la misma frontera
que cuidé con mis hombres, armas y dinero.

1932, otra vez fui acusado
de querer incorporar la zona de disputa
al territorio nacional.

Y llegó la farsa de la guerra, y Benavides
se hizo héroe sin haber cruzado fuego alguno.

Para entonces Manaos era un panteón
donde los caucheros vendían loterías
en las puertas de la Opera.

Estilo de vida (3)

Sobrio, elegante, más bien tímido
de estatura un poco baja, piel oscura,
sufridor de todas las enfermedades de la jungla,
mil veces quebrado, otras mil recuperado,
senador después de ser cauchero,
no tengo sentencias ni canciones favoritas,
sólo el mirar al horizonte humoso,
al chapotear desesperante de las lluvias...

L.F.L. (21)

(¿ — ?)

Los indios se abren en ringleras y contemplan
mi lento desplazarme con un bastón con puño de oro.
Mineros muleros mozos labradores vaqueros pastores
capataces pongos peones y chasquis.
Mi pequeño imperio. Hay marasmo ambiental. La fría puna.
El quechua imprescindible. Aguardiente y coca.
Es casi una foto: mis *hijos de almas infantiles*
me llevan en andas al río. El cielo es una *bóveda*
cubierta de añiles pinceladas. Suenan las zampoñas.
El agua brinca por las piedras.
Papares, cebadales, alfalfares, icosu buena!
Y al fondo el nevado inevitable. Es casi una opera
telúrica. Faltan las hembras: *yo te he visto*
en la orilla aventando estrellas / y también
te he visto como un incendio de las quinuas.
Vigoroso es el amor sobre la paja brava.
Así paso los días. A veces recibo noticias del gobierno.
Puras quejas. De mis vecinos, odios y envidias
Los Lizares y Quiñones, al norte, usan ejércitos.
Los Cano Borda están al sur
y son *bandidos disfrazados de vocales*. Los Ruiz,
al este, queman, violan.
Cuesta la riqueza. Para mantenerla, férrea conducción
de la familia: doscientos azotes
al que hurta un saco de granos. La cárcel
al que cruza su ganado con el mío
(*la prisión se ha comido la carne del indio pako*
sólo le queda el pómulos filudo).
También ha menester las buenas migas con gobernadores
prefectos curas vocales maestros

diputados senadores (yo he sido todos ellos).

Y la persuasión de los fusiles
contra Domingo Huarcca y Rumi Maqui.

Y la intolerancia de mi pluma
contra los indianófilos:

*El derecho a la tierra no es un problema
racial sino un privilegio económico obtenido
por el trabajo y el esfuerzo.*

Los costeños no lo entienden. Por eso me adelanto,
creo una liga agraria (de propietarios),
lamento el centralismo, los rezagos coloniales
que ostentan los limeños,

sugiero un cambio histórico: *El Perú debe
denominarse Tawantinsuyu y su distribución
política ha de hacerse siguiendo la cuatripartición
por suyos, como en el Antiguo Imperio
al que todos admiramos* (propuesta leída en el Congreso).

Lo declarado es deuda. Yo trabajo
y me esfuerzo por expandir mi propiedad. *Ex nihilo.*

Consta a mi esposa, que escribió en su testamento:
Declaro que mi esposo no aportó al matrimonio ningún bien.

Pero siguen las rebeliones y hay seis indios
muertos en la invasión de Charquino.

Dura lex sed lex.

Juicio contra la estancia comunal

de Cantata, por 38 hectáreas. Atestado contra
la comunidad de Huito, por 52 hectáreas. *No hay base legal
que justifique el ocio de los indios.*

Pero siguen las rebeliones. Un hacendado loco y viejo
se arroja desde la torre de una iglesia
condenándonos a todos (*horca y cuchillo de los gamonales*)
y no concibo el sueño. ¿Dónde están *mis hijos*?

¿dónde mis capataces? Canta una calandria
y una vizcacha ventea. Los salones de mi casa
ennegrecen de tristeza. ¿Quién soy yo?

*Un personaje de Arguedas, una foto
de Martín Chambi, un poema de Gamaliel Churata,
un cuadro de Sabogal.* ¿Quién soy yo?

El predestinado que nació, según contó mi madre,
cuando un becerro fue tocado
en la frente por un rayo.

M.B.B. (22)

(? — 1932)

*Cholo rubio, cholo de ojos claros, cholo color
cucaracha:* notoriamente, irreversiblemente,
y además nací en el Callao, en sus callejas de moho y sal
y el ronco sonar de las sirenas de sus barcos.

No conocí a mi padre. Sé que tuvo la misma sed
que hace huir a los bisontes,

sé que columbró un destino horrendo para mí
y desafió a las olas —y entre ellas se perdió.

De esos años me queda un recuerdo nítido:
el tumulto de inmigrantes europeos
que venían al Perú, unos a incorporarse a la riqueza
mal habida, otros a condenarla

recitando consignas anarquistas en los muelles.

Kropotkin y Bakunin agitaban las aguas del mar
y los patillos inocentes emergían de ellas
extendiendo en el cielo gris sus grandes alas negras.

Yo era un vástago o bastardo amenazado por mí mismo
ajeno a los juegos que los niños inventaban.

¿Dónde se ha visto un cholito de ojos azules?

Las avenidas se estremecían con las manifestaciones
obreras reprimidas por los gendarmes de enormes sables,
pero invictas flotaban las banderas rojinegras.

Eran, por decirlo así, la memoria anunciada de mi biografía.
¿Anarcosindicalista? Tú eres un vago y nada más.

¿Por qué no te pones a trabajar?

En esos signos de violencia hubo uno irrefrenable:
mi madre golpeada por mi padrastro,
que asediaba su pobreza. Y no fue
por los textos de Manuel González Prada

que hube de vengarla, sino por simple convicción,
como en los actos cuando debemos cotejar
verdad y ofensa, frustración y sobrevivencia.
Golpe feroz, el de la prisa con que muerde
uno al atacante. Golpe metafórico, el que se siente
—y es uno mismo el que se ve golpeado
como un Narciso loco entre las aguas de un charco.
Por eso huí a Trujillo a continuar con el ayuno:
ser pinche de cocina, cargador, camionero, guachimán.
*Ya los obreros habían muerto demasiadas veces
para conquistar la jornada de ocho horas
y Augusto B. Leguía era el tirano de las buenas formas
y las reinas de los carnavales se llamaban
Consuelo o Genoveva
y la libra peruana fue cambiada por el sol...*
Me acuerdo de las calles de Trujillo donde el sol moría
con un revuelo trágico, como una marinera.
Me acuerdo de mi nombre impreso en las fichas policiales:
Manuel Barreto: aprista.
Todo era vago en mí, menos la discordia,
menos el amor. En sus campos podía despojarme
de la rudeza de los bares. Era el amor
que tasajea frutas, perturba a los trigales,
ennegrece a las arenas.
Era mi alabanza más secreta,
como una muchacha descubierta detrás de una enredadera
y no hay relojes ni paredes
que vacíen más rotundas sus ternuras.
Amé a Hortensia por su nombre de flor japonesa,
como uno ama sus lamentos desgarradores
que fermentan en las madrugadas.
Tuve dos hijos y el mundo, repentinamente,
pudo ser una saga de parejas y cachorros.
Pudo ser pero mi reino era estropeado
por la sombra de los hacendados:
los Berckemeyer, los De la Piedra, los Grace
exhalaban su rocío venenoso
entre las hojas de la caña
y como en tiempos del rey Carlos V
en sus dominios el sol nos oponía.

*Ya los mineros habían enterrado
a sus muertos en Mal Paso
y Leguía agonizaba en San Lorenzo
y Uruguay era el primer campeón mundial de fútbol
y los banqueros neyorquinos
se arrojaban de los rascacielos...*

Incluso entonces no olvidé mis dudas iniciales,
su filo torturante y cotidiano:
yo y los míos éramos cuerpos llenos de hongos
leyendo en nuestras manos sucios capítulos de historia.

Pero mis libros favoritos no eran
los de Haya de la Torre,
sino los de José María Eguren.
En ellos había globos de los que se descolgaban
duendes con cestos de frutas
y andarines de la noche con bombos y trompetas,
y ópalos de intenso abril
en el aliento de una niña muerta.

Por los poemas el mundo descubre sus rencores,
eso pensaba al leerlos. Y también que las palabras
de los poetas alimentan el amor
que nos exige derrotar a la crueldad.

*Ya Sánchez Cerro era el presidente
con ánforas fraguadas,
y Haya de la Torre estaba
en los 'ergástulos de la barbarie civilista'
y el ministro Flores paseaba a sus camisas negras
y no había flores en la tumba
de José Carlos Mariátegui...*

Antes he de decir que el dolor es más dolor
cuando ataca por la espalda
como una zarpa inasible.

El mío fue mi propia esposa, que abandonó mi casa,
mis noches borrascosas, clandestinas,
mis hijos, mis preguntas, mi hoja de llantén,
mis *Horas de lucha*, mis *Reyes foscos*,
mi botiquín de últimos auxilios donde guardé
el jornal de una semana que nunca trabajé.

Así llegó aquel diciembre del año 31:
el tiempo adivinaba mi tristeza y golpeaba lento

en las canaletas de los techos.
 Una iguana abría sus enormes fauces para lamer,
 con su horrorosa lengua, al nuevo año.
 Las flores arrojadas –nomeolvides jazmines siemprevivas–
 resucitaron en un plato mostrándome
 su belleza disectada. *¿Te acuerdas, Búfalo?*
Ese mes debía empezar la revolución
y tú la hiciste fracasar. No, no fuiste tú, fue la venganza
que habitaba en ti: un balazo limpio en el pecho
del mal hombre (como aquél que golpeaba a tu madre)
echó a perder el futuro...
 Antes he de decir que en una vida
 se aprietan las desesperaciones y remordimientos
 que preceden al hombre que los vive.
 La miseria es una herencia inelegible,
 este es el sabor repulsivo de mi verdad, el imposible
 sino de mi sangre que se harta y se insolenta.
 Y además –*Búfalo, Búfalo, viejo huésped de las comisarías*–,
 y además el hombre es una piedra que rueda
 a puntapiés, una piedra dura, de farallón,
 densa de vigorosas culpas
 que a uno le empujan por la boca, tal una pata de cabra.
 Pero tengo otra verdad: tal vez quise
 conducir la revolución para demostrarle a Hortensia
 que mi muerte vengaría mi queja.
 Así llegó aquella noche de julio del año 32.
 Los campesinos de Laredo, las mujeres del mercado
 y los muchachos del colegio San Juan
 trepaban los muros del cuartel O'Donovan
 mientras una lechuza aleteaba en un olmo
 y una bala me detenía en una puerta
 anticipando en su madera a mi ataúd.
 Las multitudes harapientas siguieron combatiendo
 con Tello, el profesor, con Canseco, el artillero,
 con Obregón, la negra cocinera.
 No cantaban la *Adelita*, sino la *Marsellesa*
 y la *Internacional*, no asaltaban trenes
 pero hacían trincheras arrumando colchones
 en cada casa de Trujillo.
Pero Sánchez Cerro (el tirano)

y Flores (el fascista)
pidieron la hecatombe
y 5 mil hombres fueron fusilados en Chan-Chan...
Una losa de piedra ahora me aplasta.
No lleva inscrito mi nombre
pero desafía al viento y a la mentira.
Jamás aceptaré la resignación del reposo
para no aliviar la culpa de mi asesino.

P.C. y V. (23)

(¿ – ?)

Loco, lo que se dice loco, nunca estuve.

Trajinado y elegante,
el jirón de la Unión me veía pasar con una levita negra
como si llevara a enterrar el cadáver del verano.

No es una disculpa: el brillo angustiado de mis ojos
era el brillo zocarrón de quien deja escapar
liebres por las bancas de una iglesia
para azoro de los oyentes de una misa dominical.

Y elegante. Y burlador de deshonestas ilusiones.

Y sobre todo exuberante hasta para determinarme
una autoridad inocente (*La desmesura del concepto
no invalida la subyacencia del deseo*).

Por eso resultan reales y tiernas las locuras.

Y ser el *Apu Inca Verdadero del Perú*
es decorosa denominación en tiempos del tirano,
como es signo decoroso

llevar un crisantemo en las solapas a un entierro.

No, nunca estuve loco. Y apelo a mis ojos
otra vez y a mi mirada en la fotografía
revelando la indignación de aquel instante
en que los tanques ingresaban a las universidades
y los civiles estaban en prisión

bajo la vigilante urticante *manu militare*.

Así salen textos como *El sexto*, son asesinados
los obreros, sitiadas las ciudades,

mientras en palacio de gobierno
el general de la sonrisa Kolynos condecora
a sus pares Pérez Jiménez y Somoza –la tríada
que trillaba en mares resecos, de los que emergí
para autocondecorarme

con ese delirio que no puede encarcelarse.

¿Pero quién se autocondecora
con tres soles incaicos de enorme circunferencia?

Yo, don Pedro, el *Jefe de las Fuerzas
de Aire, Tierra, Mar y Profundidad del Perú*,
el impecable loco de chistera y escarpines,
indesmayable al repartir mis partituras musicales
(*Luisa del alma, Pasión fatal, Tú no eres para mí*)
y mi periódico, *El león del pueblo*.

Burlador hasta donde no pueden serlo garúas y sismos,
ridículo hasta despertar sonrisas benevolentes,
loco, místico, bufón, todo lo que quieran,
pero no cojudo: *por una ringlera de Bel Airs Studebackers
Fords camina un surrealista o el primer punk alucinado
con un cartel pequeño. Es don Pedro
que llega hasta la iglesia de Santo Domingo
a sentarse entre los banqueros del Perú.*

Ya Esparza Zañartu era jardinero en Chaclacayo
(sus rosas aún arden monstruosas)
y el general Odría devolvía —desde la puerta
de palacio y en un morse de pañuelos—
el adiós a una bataclana (Anakaona, p.e.).

Los príncipes banqueros y/o exiliados
se rifaban el país sobre una mesa de caoba.
Loco pero no cojudo. Zorro —de abajo— más que León.

Fui una bocanada de noche que avanzó lenta
sobre la fuente de la plaza de armas
a ensuciar las aguas del futuro.

J.P.Ch. (24)
(1930 – 1967)

Por muchos años lucí los mismos lentes
y tuve el mismo abrigo
y un pasaporte ajado por el uso
con un enorme sello: *Prohibido*
para viajar a los países socialistas.
Hay todo eso no es más real
que la emboscada en que habré de morir.
Lejos de las universidades, de sus huelgas
y reuniones clandestinas,
lejos del huerto de mi padre
—emigrante que embarcó en una playa de Shangai
para oír en el Perú
el relato de una vieja rebelión de chinos—,
veo al Che detrás de un gran cedro
disparando su M1 contra la hojarasca
donde se esconden los soldados bolivianos.
Una guerrilla no se mide según el número de hombres,
así como una esponja nunca se pesa en seco.
No empieza aquí mi historia
sino mi distancia con la vida
que me agolpa y me sangra por los pantalones.
Gordo y angustiado por buscar empleo
—en una casa de familia numerosa—
fui mecanógrafo y auxiliar de contador.
Bajo mi almohada guardaba
libros de Mariátegui y Haya de la Torre.
En el 48 me enviaron al Frontón
por la insurrección de los marinos.
El cielo de Lima se aquietó, las gaviotas
se alejaron, las olas de humedad

me reventaron los pulmones.

Antes que ciudadano del mundo
me confieso ciudadano de las cárceles.

Si viajé fue porque

Odría me expulsó a la Argentina,

Perón me expulsó a Bolivia,

Paz Estenssoro me expulsó al Perú.

Por la prisa con que me corrían
también me confieso gitano antes que chino.

Algo más tarde reconocí al enemigo
y sin ganar (y sin perder) una batalla
me encontré en todas partes
con los mismos trotamundos:

Fidel, el Che, Raúl, Haydé.

Y juntos ellos arañaron la utopía:

la revolución no está en los libros
que han de leerse en hoteles de tercera.

*Un camino de tierra poco transitable,
fuegos extinguidos, el zumbido de las cigarras,
el polvo suspendido en el aire tibio
y el silencio. Medianoche en la montaña,
de repente un silbido, un grito murmurado,
los matorrales empiezan a crujir, las piedras ruedan,
y tres, cuatro, cinco hombres
-fusil en mano- se levantan.*

Se acabaron los deseos inconcretables:
en Cuba el hombre sueña.

Mas Sudamérica no es Cuba
(ni América Latina es *un murciélago*
de alas extendidas,

como escribió un ácrata español).

Aquí las dictaduras paren infiernos inmortales.

Contra ellas nos metimos a la selva

(casi) los mismos trotamundos,
un poco viejos, con los mismos libros de Neruda
y una canción de la república española.

Y así emprendimos la última aventura

y así nos encontraron: al Che, con su morir de Cristo,
a Debray, con sus teorías muy francesas
(*Un foco guerrillero puede acelerar*

la crisis nacional y agudizar la lucha de clases),
a Tania, los Peredo,
y a cubanos peruanos bolivianos argentinos.

Diez intelectuales de ciudad
valen menos que un solo campesino.

Pero pocos campesinos encontramos.
¿Volaron de los textos
o fue la realidad más terca que nosotros?

L.R. (25)
(1933 – 1973)

Mis fiebres, mis fatigas, mis mudanzas.

Mis 14 hermanos que no llegué a conocer.

Mi madre lavandera vencida por el peso
de sus sábanas tendidas.

O la otra, la real, la cotidiana,
mamá Clotilde,

peinándome, peinándome, tan dulcemente
que siento una vihuela en los cabellos.

Mis cuartos de estera, mis callejones, mis corralones.

Mi rodar por las banquetas
como grano de frijol: del Callao
a Bravo Chico y luego al callejón del Buque.

Mis primeros vales cuando hacía gorgoritos
despatarrada como la Estrellita de Cabrera Infante.

Mi sueño frecuente de la cena infrecuente.

Mi mal antiguo y pertinaz
devorando mis pulmones
mientras leo noticias como éstas:

Elecciones anuladas golpe de estado guerrillas en el Cusco
Javier Heraud muere asesinado en Puerto Maldonado
pena de muerte para Hugo Blanco...

Todas negras como mi maldito cansancio,
como los aplausos en Radio Nacional.

Mis ojos de sapo cantor y mis caderas de negra gorda.
Ya no soy la tímida muchacha que concursa en la tv
y canta en la Peña Ferrando imitando
a Toña la Negra, a la mexicana que tiene
mi mismo nombre,¹ mi mismo apellido (coincidencia
catastrófica, horrenda coincidencia) y es tan borracha
y pobre como yo –y como yo da de beber

agua al sol en un dedal.

Pero tampoco soy la morena de oro del Perú,
aún no comprendo noticias como éstas:

*golpe de estado nacionalizan Brea y Pariñas
masacre en Huanta y Ayacucho reforma agraria decreta
el general Velasco...*

Y cómo pretender la voz más pura
sin traicionar a mis estrellas,
sucias de moho y esputo.

Y cómo pretender el vals eterno
sin dejar en las ventanas
sangre niebla smog
y no morir.

Mi temor a los incendios, mis maridos.
Mi queja con su hedor a hierbabuena
que se expande por las calles.
Mi ciego y furibundo pájaro-volcán
que picotea el duro mármol
y deja sus plumas chamuscadas en mis manos.

Esta vez ya canto con Pedro Vargas,
grabo los versos de Juan Gonzalo Rose (*Tu voz / tu voz
tu voz / tu voz existe /
anida en el rincón de lo soñado*),

me presento en el Sky Room del hotel Crillón,
hay helechos que me envuelven como chales.

Pero en un micrófono presiento
al ojo monstruoso de un insecto
y antes que me digan
que aún joven me encontró la muerte
me arranco la voz y al cielo se la arrojo
para vergüenza de todos los gorriones.

J.L.A. (26)
(1893 — 1981)

El mundo cabe en una caja. El mundo y sus costumbres.

Mi padre: sastre. Mi madre: baulera. Mi abuelo:
laminador en plata. Mi abuela: retablista.

Viven en mí como los curanderos, los músicos,
los coheteros, los fabricantes de máscaras y vestuarios.

*El Sanmarcos tiene dos espacios: el mundo
de arriba / el mundo de abajo.*

Sólo los brujos pueden venerarlo.

Mi memoria son las formas que ordeno en cada caja:

santos, abigeos, patrones, muchachas,
viajeros, borrachos y animales.

¿La batalla de Ayacucho? Me la contó
mi tío el cura.

¿La guerra con Chile? Quién habrá ganado pues.
La guerra es triste, nunca se sabe quién gana.

Prefiero los cuentos de fantasmas
y de aparecidos que cuenta mi esposa Jesusa:

*El condenado llegó arrastrando su cadena,
challan challan, y se llevó al hombre rico, alma y cuerpo...*

*El rico fue a ser más rico a las montañas
pero éstas le obsequiaron lana negra y caca...*

Mi vecino tocaba el melodio
y una noche que su esposa se fue al patio
se degolló con un cuchillo.

Era carnavales, yo estaba jugando con huevos
rellenos de pintura.

*El retablo es de libre inspiración,
tiene los espacios y temas que desee el comprador.*

Todos mis hermanos han muerto, se fueron
a Huancayo, La Merced, Lima,
se los llevó el viajero.

*Un batán, papa, harina, anilinas bolivianas,
pinceles de pelo de vizcacha, cola, barniz,
y madera tornillo para los cajones.
La papa es lo más importante.*

Conmigo no ha podido, yo he ido a hacer
mi servicio militar obligatorio a la capital
y he vuelto. Odio a Lima, odio a los circos,
tiemblo de miedo cuando subo a una lancha en el Callao,
me mareo en las calles.

*Santos, cóndores, montañas, el cosmos condensado,
el espacio ritual de las herranzas de animales,
el cajón imaginero que llamamos el retablo,
arte de multitudes miniaturizadas
donde nada se abigarra ni confunde.*

Cuando nos casamos Jesusa
se puso una tipa y parecía una azucena de oro.

¿El momento más triste de mi vida?
Mi hijita Clara. Ella nació delicadita,
se enfermó, el curandero ya no pudo.
Mi kukuli se murió, mi angelito se había ido.

¿Qué es arte, qué es ser artista?
Prefiero que me hable más de mis paisanos
que están muriendo día a día en Ayacucho.

E.S. (27)

(1910 –)

Un serrano nacido en todas partes:

Andahuaylas, Ayacucho o el valle del Mantaro.

Cuando me piden que hable de mi infancia lloro,

fue una de las peores, oiga usted.

Por eso tuve que viajar.

Viajar entonces era como en tiempos del Cyd:

separarse la uña de la carne.

Y más a Lima, *Kita weracochakunapa*

uma llaptatin kasiani, la tres veces coronada villa,

más alejada del Perú que Londres

(according to Humboldt),

dormida en su arcadia colonial

(according to S. Salazar Bondy).

Eran los años 20. Mucha ruda aromaba

el inicio de la Patria Nueva de Leguía

y un tranvía atravesaba la ciudad

como un gusano devorándose a la noche.

Soy quechuahablante, sobador de cuyes, charanguista,

un serrano pues.

El teamwork da más datos sobre mí:

uso un poncho negro aun para dormir.

Fui mozo, cargador en la estación Desamparados,

sargento en la guerra con Colombia

(como el sargento de Aguas Verdes

de la guerra con Ecuador en el poema de Jorge Pimentel).

De ese tiempo me queda un pantano en la memoria.

A mi regreso canté en los mercados y en la pampa de Amancaes

con la banda vernacular Tawantinsuyu.

Cantar un huayno en Lima

entonces era como en tiempos del corregidor Areche:

herejía que se descuartiza,

vergüenza nuestra de domingo clandestino
a distancia más que prudencial del gusto criollo.

Y la distancia y la prudencia me alejaron del Perú
donde mis decibeles no dañaran tímpanos muy finos.

Eran los años de la guerra, el mundo
estaba hasta su huayno (Manuel Morales dixit).

Llegué a Estados Unidos cuando Orson Welles
exhibía el avant premiere de *Citizen Kane*

y Bing Crosby era el cura sensiblero
de *The bells of St. Mary's*.

Insuficiente por el mundo que no tuve
durante tres años estuve en todas partes

y en ninguna me vi formando parte del paisaje.
Un desadaptado. *El hombre que ha salido de su tierra*
(no de su país, oiga usted) *ya no es nadie*.

¿O, como dijo el poeta Jorge Nájar,
la patria de uno es la cama en que nació?

Perdí a mi esposa y a mis dos hijos,
vivían en Huacho, una epidemia los mató.

Lloro todavía recordándolos, lloro por mi soledad
que ya dura 78 años, lloro porque soy
conviviente de los cerros,

espantapájaros de una defunción de gala.
El teamwork da más datos sobre mí: *La exigencia*
de la adaptación es a la sobrevivencia
lo que un basural a un gallinazo.

Eran los años 50, Lima no quería salir
de su aire de egoísta placidez
mientras llegaban los paisanos,

los *uruguayos*, los *quesos*, con ojotas
llicllas chullos —que jamás fueron lavados
con jabón o detergente ni sus dueños entendían
el nuevo idioma de los avisos luminosos.

Llegaban de los desiertos de la puna
para invadir los desiertos de la luna
en pleistocénicas olas migratorias,
perseverantes en las mismas perseverancias:

tener un sitio y picar las migajas del festín.
¿Y quién los dirigía? ¿Y quién los ubicaba?
Yo, Ernesto Silva, alias Poncho Negro.

*Lima no había crecido en 400 años
más allá del río Rímac. Todavía en 1907, su alcalde,
Federico Elguera, la quería cosmopolita
como Nueva York o Buenos Aires. ¡Crecer fue su consigna!
Y Lima creció, pero no como previó el alcalde,
con inmigrantes europeos, sino como previeron los hambrientos.*

Invasiones dolorosas, apasionadas, epopéyicas,
a veces cursis, siempre trágicas,
con muertos por las balas y los sables de la GC,
con velatorios vigilados por piquetes y banderas,
mientras las hormigas devoraban los cadáveres
y el cura hacía una misa
que tenía de asistentes a burros cabras chanchos
entre la multitud desesperada.

Invasiones con ministros renunciados, inmobiliarias
interesadas en el desarrollo de la industria
de la construcción,
invasiones por clanes regionales
con nuevas calles cuyos nombres
tienen extrañas adiciones: CDM4L26S105
(calle D manzana 4 lote 26 sector 105),
o los nombres de los muertos
o de los que se quedaron en la sierra.

Desde el mirador más sucio de Lima, el cerro San Cosme,
yo bendigo el tiempo de la nueva estética:
ambulantes, microbuses, basurales,
música chicha, pasta básica de cocaína,
relojes made in Taiwán.

Porque antes del tiempo de lo bello
es el tiempo de la venganza y del horror.

E. de la P. (28)

(1950 – 1983)

1/ Los cadáveres

El ojo de la cámara fotográfica revela ocho cuerpos guardados en bolsas negras de plástico expuestas sobre una pampa como piedras sobre las que la noche se hubiera detenido con especial laboriosidad. Los periodistas se confunden con los militares. A lo lejos, justo donde la pampa se insinúa en una leve colina, los campesinos sentados en hileras contemplan esta suerte de arrepentimiento tardío de la que me toca ser protagonista.

Nada más extravagante, en este desorden del escenario por la aparición del tumulto urbano, que el cuidado con que los militares quieren depositarnos en un helicóptero para trasladarnos de Uchuraccay a Lima. Pero me equivoco: nada menos extravagante, en este desorden del escenario por la aparición del tumulto urbano, que el cuidado con que los militares quieren depositarnos en un helicóptero para trasladarnos de Uchuraccay a Lima. Después de todo, es la culminación de una simulación. Es el crimen perfecto.

2/ Antropología al paso

Lo que veo en el escenario seco de la puna no es decorado de cartón ni un cuadro idealizado por algún indigenista. Es la piedra bruta con sus elementos: los campesinos para quienes he soñado una perpetua irre realidad.

¿Acaso no veo la distancia desde la que el mutuo temor nos reserva una posición ensimismada? Esto no huele a entrevista con personajes trucados. Aquí hay palpitaciones de excesiva intensidad que me aturden y me confiesan cómplice de la misma sociedad que condeno. En lo extraño siempre subyace lo inhóspito, hay un indicio de hostilidad latente que de pronto va a extinguir la inicial neutralidad de un encuentro ino-

portuno reconstruyendo su natural animadversión. Y hasta los pocos insectos y los muchos riachuelos por allí diseminados nos son hostiles, cuánto más si en el cielo, bajo el que hemos apresurado el paso, ya se dibuja el sol negro que precede a las grandes catástrofes.

Lectura de un escenario de obsesivos signos llenando mis ojos con la antigüedad de un error, aquél que ya ha excedido la tolerancia de los siglos y confundido las periodificaciones históricas. Al extremo que siento que aquí están depositadas —bajo esos ojos, bajo esos ponchos, bajo esas ojotas— todas las humillaciones del Perú imposibles de sufrir reclamando un sacrificio de atroces advertencias.

3/Montaje de una obra

Vuelvo a equivocarme. Lo que veo no son indicios de una hostilidad latente, sino una convicción irrazonable que me convierte en víctima, sin serlo aún, sólo por haber reconocido en apariencia a mi victimario, que tampoco lo es aún. Es demasiado simple extraer esta suposición porque veo en los signos del error, y en su antigüedad, al hombre que los vive, como es demasiado simple descubrir al sistema que pone a funcionar sus mecanismos.

Aquí hay una teatralidad más siniestra. Lo prueba el hecho que el horizonte, a pesar de parecer inalterable, es en verdad el cortinaje que anticipa a un escenario. ¿No me había percatado que la dureza del suelo y la construcción de las chozas, con apiladas piedras de caótico desorden, son muy obvias?

Desde quién sabe qué lugar insospechado, vigilantes camuflados nos miran fijamente.

Cuando la aproximación haya convertido al escenario en un campo de revelaciones intolerables, los vigilantes habrán de dar una orden y toda la hostilidad acumulada que yo he esperado concretarse rebrotará para confirmar mi aprensión.

Las últimas fotos de Willy Retto lo demuestran. En la airada insatisfacción de los campesinos hay demasiada virulencia para parecer espontánea. De cuando en cuando, alguno más inexperto volteo contra la cámara señalando con una mano a un personaje inubicable.

El libreto es perfecto. No sólo somos partícipes de este último reportaje nuestro, sino que somos sus sufridores.

Al morir, lo más recurrente es atribuir a estos hachazos una voluntad bárbara contra la que nos han educado protegernos desde la infancia redoblando nuestro desprecio por el hombre que las ejecuta. La extraordinaria eficacia de la puesta en escena consistirá en que todo el Perú

volverá a lamentar esta barbarie atávica velando la transparencia del crimen con la impunidad de los errores transferibles al pasado. De esta manera se disuelven los rostros de sus autores del presente y las lamentaciones no tienen porqué parecer inauténticas.

¿Pero dónde está el creador de esta obra genial?

4/ Marañas semánticas de una obra

Lima aturdida. La capital está de duelo por nosotros. Jamás hubo una demostración más hipócrita. Para persuadirnos del tamaño de su congoja, el presidente convoca a una comisión investigadora presidida por Mario Vargas Llosa. La elección no es antojadiza. Este es escritor —de novelas y obras teatrales— y el presidente se ha enmarañado en dificultades semánticas. Cuando los campesinos de Huaychao asesinaron a varios adolescentes los llamó *héroes del Perú*, elogio que no puede obsequiar a los de Uchuraccay.

El escritor también convoca a antropólogos, juristas, historiadores y periodistas. La obra se sigue representando.

En la foto que nunca hubiera tomado Willy Retto aparece el novelista y dramaturgo forzando una preocupación que ya anticipa a un profesional en su género. Observo lo que él observa: la distancia que lo separa, sentado delante de un parapeto, del campesino de Uchuraccay que extiende los brazos como si fuera a recitar un pésimo verso escolar aprendido de memoria.

Los militares por su parte recurren a la yuxtaposición de montajes para enriquecer la obra que se sigue representando, como colocar objetos extraños entre nuestras pertenencias (una bandera senderista, p.e.) con una ambigüedad e insinuación sorprendentes: si resulta que parecen nuestros somos merecedores y culpables de nuestra muerte; si los encontramos fortuitamente también somos merecedores de nuestra muerte por una cierta torpeza imprevisible.

Nadie podrá reprocharles su celo profesional como utileros y decoradores en el arte de la farsa pública.

En cuanto al novelista y dramaturgo sentado frente al campesino de Uchuraccay, forzando una preocupación e interés aprendidos de memoria, ya ha adelantado algunas conclusiones perennizadas en una grabadora que aparece en la misma foto en primer plano:

5/ Un crimen mágico-religioso

La brutalidad de las muertes de los periodistas (...) no parece haberse

debido, únicamente, al tipo de armas de que disponían los comuneros —huaracas, piedras, palos, hachas— y a su rabia. Los antropólogos que asesoran a la Comisión han encontrado ciertos indicios, por las características sufridas por las víctimas y la manera como éstas fueron enterradas, de un crimen que, a la vez que político-social, pudo encerrar matices mágico-religiosos. Los ocho cadáveres fueron enterrados boca abajo, forma que, en la mayor parte de las comunidades andinas, se sepulta tradicionalmente a quienes los comuneros consideran ‘diablos’ o seres que en vida ‘hicieron pacto’ con el espíritu del mal. (En los Andes, el diablo suele ser asociado a la imagen de un ‘foráneo’).

6/ Tretas visuales

Me equivoco. Siempre me he equivocado, menos en el amor, en mi pasión por el fútbol y el socialismo. Lo que veo no es una obra de teatro, es el laberinto de mi dolor.

Yacemos cadáveres sobre el ichu. La floración de los coágulos y los órganos tumefactos desmembrados me atrapan en una tediosa elucubración sobre las múltiples formas de vivir y morir en el Perú que, sin embargo, siempre reproducen al modelo original, aquel que los ablandadores de mi dolor (Vargas Llosa, los otros comisionados y sus asesores) se apresurarán en hallar: es la correspondencia del desorden orgánico del país, es la metáfora de una gran pesadumbre. Por lo menos en este punto coincidiremos, pero en su caso la abstracción de un aserto pronosticable se reclama para moderar las consecuencias inmediatas de nuestras muertes.

Así pues, vuelvo a equivocarme. La reverberación de mi sangre, su gorgoteo, resultan meras tretas visuales en una obra dramática que ya tiene siglos.

7/ Sueño de la verdad

Me pierdo en vaguedades. Estoy soñando con el reportaje de John Reed que duró más de diez días de estremecer al mundo. Estoy soñando con los poemas de César Vallejo y Pablo Guevara. Estoy soñando con El Diario de Marka y su olor a tinta fresca que mancha los dedos. Y con Octavio Infante, el campesino, y Amador García, el que aprendió este oficio en las playas de Agua Dulce, y Félix Gavilán, contando las tragedias de Ayacucho en una radió, y Pedro Sánchez, que consoló su orfandad de padre y madre con una enorme cámara ambulante, y Jorge

Sedano, carpintero y albañil, gordo y amigüero, y Jorge Luis Mendívil, el más pequeño y más travieso, y Willy Retto, el que logró el más aterrador close up que haya permitido la muerte a un fotógrafo. Estoy soñando, estoy soñando, pero no puedo seguir. Vuelvo a equivocarme. Es imposible soñar mientras tenga bajo mis párpados la imagen de mi asesino, ese personaje de versatilidad extrema que es presidente, general, escritor y sólo en última instancia el anónimo campesino de Uchuraccay. Esto no es teatro. Es la verdad de mi muerte en mi última carilla escrita.

G.C. (29)
(1928 – 1984)

Para mí fueron compuestos
los *Cocaine blues* de Cyril Lefebvre,
que en un poster de mi celda
ofrecía la circunferencia
dulce de su banjo.

Para mí fueron cantados
los versos de Cole Porter:

I got a kick for you.

Tuve clientes más ilustres
que Freud, Mike Jagger
o el Papa León XIII.

Yo convertí al Perú
en la cocina exportadora
más grande del planeta.
Yo pasé de la polvera ejecutiva
al consumo horizontal
sin bad-landing ni adicción.

Yo introduje mi producto
en aviones diminutos a control remoto
que el *Time* llamó
la audacia tecnológica del crimen.

Yo ofrecí pagar la deuda del país
con una fórmula antiimperialista:
el FMI es al Perú
lo que la cocaína a EEUU.

Me mataron
la envidia y la moral ambivalente
de mis socios del gobierno.
Me mataron con la hoja abominable

de un cuchillo
en un motín de presos.
Rey de los panes,
rey de la madera,
rey de los cristales
puros y rosados por el éter,
mis huesos descansan bajo el grass
en que se cagan las santarrositas.

A.D.M. (30)
(1930 – 1986)

Sus trancos disrrítmicos van bien
con el paso accidentado de la historia del Perú.
Un poderoso influjo lo anima a pronunciar
discursos operísticos que causan la crepitación
colectiva de la sangre. Sus emisiones guturales
–trabalingüísticas, maratónicas–,
una herencia de partido (remember forever
The Great Speaker de José María Arguedas).
Otros códigos genéticos: el traje azul marino
guarnecido de discreción (que evoca
al revolucionario socialdemócrata ciento por ciento),
su risa estentórea, su rapidez mental
para pasar de la violencia al arrepentimiento
(y viceversa). Es el poder perplejo:
¿cómo convertir los contornos inasibles
de sus símbolos en un futuro diferente?
That's the question.
*(El interfecto propone y los desafectos
disponen. En la cadena de los corretraslado
los verdugos se parapetan frente a los muros
de tres prisiones. Representan al Estado que se protege
de apestados–amotinados. Una vigorosa
mise-en-scene pone en marcha el Juvens Iracundus
para otorgarnos una muerte rebajada a un instinto.
Como el cirujano altruista, nos la administrará
para vaciarnos de nuestro dolor).*
En los rincones del Perú la soledad babea
la misma baba mortal.
Una furia demente multiplica los hervideros de moscas,
la mendicidad e insanía de las esquinas urbanas

y las fosas clandestinas en los despueblos andinos.

Sobre el vértice de esta pirámide
habita el carismático, el ingenuflexo, el impredecible
como un Mesías condescendiente (o más bien
como un *legítimo descendiente de Túpac Amaru II*,
según gusta decir), para nada pudibundo
cuando se trata de manosear a las muchedumbres,
aunque, eso sí, la Autoridad es la Autoridad,
coercitivo y/o volitivo el Poder dimana de EL.

Contemplándolo dispuesto a decretos irreversibles,
los militares presienten la concreción
de una anhelada satisfacción. Su lealtad—
complicidad exige pactos de sangre y allí están ellos
para traslucir su genealogía prediluvial.
En el partido las encuestas de opinión
alborotan los aprestos del próximo festín.

*(Lurigancho: una ostra seca. Los ejecutantes
del orden y de la orden solicitan el anonimato
de la noche para ingresar a nuestro pabellón
disparando con esa indiscriminación que surge
de las voluntades desmoralizadas.*

*Un general los exalta con un megáfono,
las potentes luces de los faros caen sobre nosotros
como soles envenenados. Los sobrevivientes
somos sacados del edificio a un patio enorme.*

*Metódicos, nos colocan en fila
y luego nos echan al suelo. Bajo el cielo invernal
y las brumosas emanaciones
comienza el ritual. Son también económicos:
un disparo por la boca o nuca basta).*

Ninguna aplicación de la compasión
me es más compasiva que esta compasión
de la compasión. El perfil de la muerte no es cosa
que EL conozca, más allá de su memoria retórica
a los mártires de Chan—Chan.

Nunca sufrió una cárcel. Nunca quebró
el cristal de una ventana en un partido de fútbol.

Nunca preparó una bomba molotov.
Quiere destruir al sistema con palabras,
embustero dispendio bajo cuyo aparato
predicador la perversión aflora.

*(Penal de Santa Bárbara: las prisioneras
se apretujan tras los barrotes de una jaula.*

*Desde la claraboya –por donde no bajó
el verano ni aleteó una paloma ni la lejana
estrella de Venus reclinó sus pulsaciones
de luciérnaga– juegan al tiro al blanco
los muchachos de la GR. Pero no son patos
de aluminio los que caen, son mujeres).*

Emasculado de su verdad, anegado de sí mismo,
apocado por los vacíos suicidas de la historia,
el presidente de todos los peruanos
llora por su autoridad menoscabada. Los militares
fueron más literales que EL. Y todo lo edificante
que quiso ser, hasta reinar consumido en su propia
incontinencia, se ha resquebrajado por el aturdimiento
y el pánico que lo invaden. Por primera vez
el carismático ha descubierto
que a la muerte también le llega la muerte.

*(El Frontón: con tres fusiles ciento cincuenta
hombres se defienden día y medio de bombas cañones
morteros granadas bazookas.*

*Un dato indiciario: ‘con hombres como éstos
–dice un oficial de la Marina mientras fusila
a los pocos sobrevivientes– hubiéramos ganado
la guerra con Chile’).*

A nadie en palacio encuentra el carismático
para lavar sus culpas. El petrificado aire
es lo mismo sucio bajo su preferido balcón
que entre los féretros inmundos.

Imaginándonos vuelve al gesto patético:
cuantifica excesos (para no cuantificar
lo cuantificable), promete renunciias irrenunciables,
alude a quienes EL ordenó que fueran
a nuestras celdas y elude su propia orden.

Como el deudo que sufre por penas ajenas
se consuela a sí mismo: ‘El Perú –se dice frente
a un espejo– es más grande que sus problemas’.

*(El cementerio general: una pampa azotada por el frío.
Sombras intrusás arrebatan la calma
de congeladas tumbas. Resecas coronas de flores
y montículos pétreos entre desvencijadas cruces*

*crujen. Un pájaro huye despavorido.
Sobre la viva cal de las lápidas
las sombras inscriben dos letras culposas: NN,
el verdadero nombre del Perú).*

NOTAS

(1) Ch.: Chalcuchima. Viejo general atahualpista que anteriormente había servido al Inca Huayna Cápac. Según algunos cronistas (Cristóbal de Mena, Pedro Sancho, Pedro Pizarro y Pedro Sarmiento de Gamboa), fue él quien instigó a Atahualpa a rebelarse contra su hermano Huáscar, designado por Huayna Cápac como su sucesor. Comandó los ejércitos del rebelde quiteño hasta vencer al gobernante cusqueño, a quien apresó. Mientras tanto los españoles habían llegado al Tawantinsuyu y poco después apresarían al nuevo Inca en Cajamarca. Chalcuchima no estuvo presente en esta coyuntura, manteniéndose a la espera de las órdenes de su soberano preso. Cuando éste, temeroso de que los españoles lo mataran, dispuso que retardasen la entrega del rescate de oro y plata que había prometido a Francisco Pizarro a cambio de su libertad, Chalcuchima se valió de muchas estratagemas para conseguirlo: movilizó sus tropas hacia Cajamarca, destruyó quipus de vital importancia (sistema contable y estadístico) y mandó asesinar a los estadígrafos o quipucamayocs, escondió parte del tesoro y finalmente asesinó a Huáscar, también por orden de Atahualpa, ya que éste sospechaba que los españoles habían entrado en tratos con aquél. Antes de ejecutarlo desató una orgía de sangre: eliminó a gran parte de la nobleza cusqueña, a los hermanos (por línea paterna y materna) y esposas "paridas y preñadas" del verdadero Inca. Poco después de la ejecución de Atahualpa en Cajamarca el viejo general sería llevado a la hoguera por Francisco Pizarro, quien lo acusó de haber envenenado al nuevo Inca, Túpac Huallpa, cuando se disponían a llegar al Cusco.

(2) P. de A.: Pascual de Andagoya. Primer conquistador que tuvo noticias de la existencia del Tawantinsuyu, reino al que puso el nombre de Perú, de acuerdo a las noticias de su informante, el joven Panquiaco. Pascual de Andagoya debió ser, teóricamente, el llamado a conquistar el Perú, mas no lo hizo por una serie de desventuras que le ocurrieron. Decidió por ello otorgarles a Pizarro, Almagro y Luque, la potestad de hacerlo sin cobrarles nada.

- (3) J. de V.: Jerónimo de Villegas. Conocido como el estrellero, por su afición al tarot, la astrología e interpretación de los sueños. Según James Lockhart, Gonzalo Pizarro desistió de continuar su expedición al Dorado, lo que le hubiera permitido descubrir el Amazonas, cuando Villegas le pronosticó la muerte de su hermano Francisco, lo que de hecho ocurrió. Vaticinó también la muerte de su esposa, a la que abandonó, mientras el Perú se debatía en la cruenta guerra civil entre los conquistadores.
- (4) F.: Francisco. Nombre de un indio mexicano que llegó al Perú para ejercer de talabartero. Lockhart dice que como Francisco hubo un sinnúmero de indios no peruanos (guatemaltecos, nicaragüenses, panameños) que llegaron a este país como libertos o esclavos de los españoles.
- (5) L. de A.: Lope de Aguirre. Conquistador español. Se amotinó contra Pedro de Ursúa, capitán de una expedición que buscaba El Dorado en el Amazonas (1560), y luego se declaró en rebeldía contra el rey Felipe II llegando a coronar a un rey, don Fernando de Guzmán, en medio de la selva. Su crueldad y violencia son famosas. Asesinó a casi un centenar de sus expedicionarios (a quienes llamaba "mis marañones"), incluyendo sacerdotes, mujeres y hasta su propia hija. Cuando desembocó por el Amazonas en el Atlántico decidió regresar al Perú por Venezuela a iniciar una rebelión continental contra España. Antes fue muerto en Barquisimeto en 1561. Lope de Aguirre representa el descontento de los primeros conquistadores que llegaron al Perú, los que poco a poco fueron despojados de sus propiedades por la nobleza española. Este descontento se inició con la guerra civil entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, antiguos socios. Ambos murieron a causa de ella y la guerra se prolongó por dos décadas. Fueron sus víctimas Gonzalo Pizarro, Almagro el Joven y Hernando Girón. Se trató en verdad de una guerra de clases. Los conquistadores habían llegado a la conclusión de que este país podía ser gobernado por ellos mismos, en alianzas de sangre con la nobleza incaica, liberados de la tutela real de España. Después de la derrota, los que no murieron fueron alejados por la burocracia virreinal del Perú hacia nuevas expediciones desafortunadas, tal el caso de Lope de Aguirre. El es para muchos el primer precursor de la independencia de América y para otros un paranoico, hermano gemelo de Macbeth.
- (6) F. de la C.: Francisco de la Cruz. Sacerdote dominico. Fue la primera víctima de la Inquisición. Se le considera como uno de los precursores de la Teología de la Liberación.
- A.G. de U.: Antonio Gutiérrez de Ulloa. Primer inquisidor del Perú. Fue el representante corrupto de una institución siniestra de la que hizo uso para su beneficio personal.
- (7) I.B. de C.: Isabel Barreto de Castro. Único caso en el mundo de mu-

jer que fue almiranta de una expedición marítima. Limeña, de ascendencia portuguesa, la Barreto se casó con el Adelantado Alvaro de Mendaña a quien donó su dote patrimonial para aparejar cuatro embarcaciones con las que partieron rumbo a las islas Salomón en 1595. Nunca las hallaron y en mitad del viaje su marido agonizó, además de otros percances realmente novelescos, como el naufragio de su hermano y la erupción de un volcán. Perdidos en medio del Pacífico polinésico, la Barreto asumió el mando de la menoscabada expedición y la condujo hasta las Filipinas. Retornó al Perú por México en 1897, casada por segunda vez, y se afincó en Castrovirreyna. Por supuesto, la viril Marina del Perú no la considera entre sus héroes.

(8) G.P. de A.: Guamán Poma de Ayala. Cronista indio. Autor de "Nueva corónica y buen gobierno", summa de más de mil páginas de textos y dibujos que el cronista quiso enviar al rey Felipe III para modificar la situación de sus paisanos. Nunca pudo lograrlo. Su manuscrito se perdió durante tres siglos y fue hallado en la biblioteca de Copenhague en 1908.

(9) T.A.: Túpac Amaru II, José Gabriel Condorcanqui, gestor de la gran rebelión india de 1780.

(10) G.A.: Gabriel Aguilar. Precursor de la independencia. En realidad fue un visionario que reunió alrededor suyo a un grupo de onirividentes, quienes lo consideraban un iluminado y trataban de interpretar sus sueños según las sagradas escrituras y otros textos religiosos. Con Manuel Ubalde decidió buscar a un Inca para reconstruir el viejo imperio que Dios le había anunciado. Fue traicionado por Mariano Lechuga y ahorcado junto con Ubalde. Una excelente información sobre él se encuentra en "Buscando un Inca", de Alberto Flores Galindo.

(11) A.: Antonio. Esclavo negro. Prefirió suicidarse antes que seguir siendo esculcado por su patrón. El suicidio en este caso no sólo tiene una acción moralizadora sino un propósito pecuniario. Las leyes de la esclavitud contemplaban que en caso de que un esclavo fuese muerto por exceso de trabajo o por los cupos impuestos por su patrón, éste tenía que indemnizar a los familiares del muerto.

(12) M.C.: Marcelino Carreño. Guerrillero indio que participó activamente en la independencia del Perú. Se unió a San Martín y posteriormente colaboró con Bolívar. Algunos historiadores creen que murió en la batalla de Ayacucho, la última batalla que libraron independentistas y colonialistas. El hecho que su nombre no aparezca entre los héroes de la independencia se debe a que la historia oficial del Perú ha prescindido de los personajes indios. Según el historiador Pablo Macera esta etapa histórica del Perú nada modificó la situación de los indios, que eran la mayoría; antes bien, en muchos casos la empeoró.

(13) F.T.: Flora Tristán. Escritora francesa de origen peruano. Precursora del movimiento feminista y socialista utópica. Llevó una infancia de penurias en París, junto a su madre. Separada de su marido (con el que tuvo dos hijos), decidió viajar al Perú a reclamar su heredad, pero su tío, Pío Tristán y Moscoso, se la negó argumentando que sus progenitores no habían sido legalmente marido y mujer. Esto la sublevó contra el patriarcalismo. Cuando regresó a Europa se convirtió en una activa luchadora social. Una de sus obras más importantes es "Peregrinaciones de una paria", fuerte crítica contra el Perú. Fue abuela del pintor Paul Gauguin.

(14) A.C.V.: Angel Custodio Valdez. Torero negro, el más famoso que ha dado el Perú. Cuenta la leyenda que colocaba banderillas con la boca.

(15) K.: Ku-Chío. Inmigrante chino que encabezó una sublevación, de apenas un día de duración, de sus hermanos contra los maltratos de los hacendados del "norte chico" de la costa peruana. La migración china hacia el Perú se debió a la falta de mano de obra y a que el presidente Ramón Castilla había liberado definitivamente a los negros de la esclavitud en 1854. La población china es considerable en el Perú y ha dado grandes luchadores sociales: Pedro Zulén, creador de la Asociación ProIndígena (1909), Juan Pablo Chang Navarro, quien murió al lado del Che Guevara en Bolivia (1967), Emilio Choy, historiador marxista, entre otros. Uno de los actuales dirigentes de la guerrilla del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), Víctor Polay, también es de origen chino. Más información sobre Ku-Chío puede encontrarse en el libro "La guerra de los rostros pintados", de Humberto Rodríguez Pastor.

(16) H.M.: Henry Meiggs. Ingeniero norteamericano. Construyó dos grandes ferrocarriles: de Lima a Huancayo (en la sierra central) y de Arequipa a Puno (en la sierra sur). Para realizar estas obras el gobierno peruano abusó de los créditos internacionales que contrajo a través de la casa Dreyffus (francesa), la que comercializaba el guano de las islas. Este producto, así como el salitre, fue en su época muy apreciado para abonar los sembríos europeos y el Perú lo tenía en ingentes cantidades. Como ha sucedido con todos los recursos naturales, el guano sirvió para enriquecer a los más ricos y generar una corrupción administrativa sin límites. Se cuenta que Henry Meiggs prácticamente gobernaba el país a través de sus regalías; el historiador norteamericano Watt Stewart (quien también ha escrito sobre la servidumbre china en Perú) lo llamó el "Pizarro yanqui".

(17) T.L.: Tomás Láinez. Montonero indio que combatió contra los invasores chilenos. La guerra con Chile se inició en 1879 y concluyó en 1883 con la derrota peruana que consistió en la pérdida de Tarapacá (rica zo-

na salitrera) y Arica. Esta guerra volvió a revelar las tremendas diferencias entre los peruanos, divididos social, cultural, económica, política y étnicamente. El general Andrés Cáceres, considerado como el héroe de la resistencia nacional, se sirvió de los indios para enfrentar al enemigo (los trataba familiarmente y hablaba el quechua porque tenía propiedades en Ayacucho). Sin embargo, Cáceres no logró su propósito (expulsar a los chilenos) porque debió enfrentarse a otros generales, especialmente a Iglesias, cabeza visible de los terratenientes, quienes pretendían firmar una paz vergonzosa a cualquier precio. Posteriormente, Cáceres prefirió acercarse a su clase y traicionar a los indios, según el historiador Nelson Manrique. Fueron éstos, en verdad, como ha escrito Manuel González Prada, los únicos derrotados en esta guerra.

(18) J.A.M.: José Arnaldo Márquez. Poeta romántico y notable traductor de Shakespeare. Ya viejo quiso construir una máquina impresora que le costó una fortuna. No lo consiguió por haber perdido algunas piezas fundamentales, pero algunos de sus contemporáneos y amigos personales confiesan que éstas nunca existieron y que el poeta había perdido la razón. Para colmo se enamoró de una muchacha catalana cuando tenía 61 años.

(19) F.A.: Florencio Aliaga. La historia del movimiento obrero peruano lo considera su primer mártir. Fue alcanzado por un disparo de la gendarmería cuando participaba en una manifestación huelguística de los trabajadores portuarios quienes reclamaban mejores salarios y una jornada de ocho horas. Al año de su muerte, según Jorge Basadre, desfilaron las primeras banderas rojas en la romería que le hicieron.

(20) J.C.A.: Julio César Arana. Cauchero. Entre fines del siglo pasado y comienzos del presente, el Perú exportó otro de sus recursos naturales, el caucho, para la nueva industria automotriz europea y norteamericana. La explotación de esta planta silvestre originó otra inhumana contra los indígenas de la Amazonía. Fitzcarrald y Arana fueron los artífices peruanos de esta nueva modalidad de esclavitud que alcanzó visos de escándalo internacional cuando un norteamericano, Walt Hardenburg, hizo graves denuncias a un periódico inglés (*The Truth*). Como la empresa de Arana (la *Peruvian Amazon Co.*) contaba con socios ingleses, el gobierno del Reino Unido tuvo que intervenir enviando a varios comisionados a la zona. Estos reafirmaron las denuncias del *Truth* y la *Peruvian Amazon Co.* quebró poco después. Sin embargo, la explotación practicada por Arana era compartida por los caucheros colombianos, brasileños y bolivianos. La historia real de este suceso es otra. La zona del Putumayo había sido considerada tierra de nadie por los gobiernos peruano y colombiano en 1904 y constantemente había disputas armadas entre ciuda-

danos de ambos países. Por su parte, los ingleses habían hurtado semillas de la planta cauchera (severamente cuidadas en las fronteras) y aclimatadas en el archipiélago malayo. En pocos años Inglaterra hundió a los productores sudamericanos. El escándalo sirvió para neutralizar a un competidor temible facilitando a los ingleses su protagonismo en el mercado, pero esto último en ningún caso es una excusa del bárbaro sistema laboral que implantó el cauchero peruano en el Putumayo.

(21) L.F.L.: Luis Felipe Luna. Terrateniente de Puno (sur del Perú, en la frontera con Bolivia). Representa a los que en este país fueron denominados "gamonales", verdaderos señores feudales. Su presencia histórica fue motivo de muchas denuncias, especialmente por intelectuales y artistas, quienes los recrearon en obras de la corriente indigenista, desde Clorinda Matto de Turner, novelista, hasta José María Arguedas, también novelista y antropólogo. Luna se hizo de muchas tierras que pertenecían a comunidades campesinas valiéndose de su influencia entre miembros del poder judicial y otros representantes del gobierno civilista. Fue sucesivamente maestro, alcalde, gobernador, prefecto, diputado y senador por diversas zonas del país. Escribió algunos artículos en defensa de los terratenientes y contra los que llamó "indianófilos" (entre otros, José Carlos Mariátegui). De alguna manera, fue un intelectual orgánico de su clase. Organizó a los propietarios en una liga agraria para defenderse de las invasiones campesinas encabezadas por Rumi Maquí y Domingo Huarcca. Estas invasiones duraron siete años (1915–1922). Luna estigmatiza a un sector privilegiado que fue parcialmente destruido después que el general Juan Velasco Alvarado decretó la reforma agraria en 1969.

(22) M.B.B.: Manuel "Búfalo" Barreto. Luchador anarquista y luego aprista. Encabezó una revolución en Trujillo (1932) que concluyó sangrientamente con el fusilamiento de 5 mil hombres. Entonces era presidente el dictador Luis Sánchez Cerro, quien sería poco después asesinado por un aprista.

(23) P.C. y V.: Pedro Cordero y Velarde. Pintoresco personaje de las calles de Lima en los años 50. Vestía con frac y repartía una publicación escrita por él mismo, "El león del pueblo". De joven había sido músico y son múltiples sus creaciones, vales, marineras y marchas militares. El público limeño lo amaba porque a través de él se mofaba del dictador de turno, Manuel Odría, y de su sucesor, el aristócrata Manuel Prado. Cuando Odría se despedía del poder (1956), los banqueros y burgueses se reunieron en un cónclave propuesto por los jesuitas en la iglesia de Santo Domingo. Don Pedro Cordero y Velarde (cusqueño) también asistió al mismo ridiculizando de esta manera la repartición de la torta nacional

que pretendían los poderosos.

(24) J.P.Ch.: Juan Pablo Chang. Luchador social, muerto junto al Che, en Bolivia. Primero aprista, luego militante del Partido Comunista Peruano, y finalmente máximo dirigente del Ejército de Liberación Nacional (ELN), Chang sufrió cárcel y destierro constantemente. De ascendencia china, Chang simboliza al internacionalismo revolucionario y con su muerte concluye una estrategia político-militar, el foquismo, que fracasó en la década del 60 en todos los países sudamericanos.

(25) L.R.: Luisa Reyes. Cantante negra de música criolla (vals, marinera). Llevó una vida llena de privaciones, como todos los representantes de los hogares humildes del Perú. Murió cuando tenía 40 años.

(26) J.L.A.: Joaquín López Antay. Artesano ayacuchano, uno de los grandes imagineros del retablo. Su designación como premio nacional de arte creó una discusión polémica entre los que lo consideraban como un artesano o, en el mejor de los casos, un artista popular. Como López Antay son miles los artistas que en el Perú logran, gracias a sus esfuerzos, la sobrevivencia de expresiones culturales que aún no tienen el debido respeto y estudio.

(27) E.S.: Ernesto Silva, alias Poncho Negro. Folklorista andino, uno de los primeros migrantes que se estableció en Lima. A finales de la década del 50 una corriente migratoria, que aún no concluye, comenzó a modificar el perfil demográfico del Perú. Los campesinos sin tierras se desplazaron a la ciudad capital invadiendo sus zonas periféricas (los arenales). Así podían estar más cerca de los beneficios sociales y económicos que nunca habían tenido en sus lugares de origen. Poncho Negro dirigió muchas de estas invasiones. La migración campo-ciudad ha convertido a Lima en una de las más caóticas urbes del Tercer Mundo, multiplicándola en extensión y población (cuenta actualmente con 7 millones de habitantes). Para José María Arguedas, autor de un extraordinario y profético poema sobre uno de estos invasores ("Al padre creador Túpac Amaru"), este fenómeno simboliza la venganza del indígena que ha decidido vivir en el corazón mismo de un poder omnívoro y centralista.

(28) E. de la P.: Eduardo de la Piniella. Periodista de El Diario de Marka (publicación antecesora de El Diario actual), militante del Partido Comunista Revolucionario (PCR). Uno de los ocho periodistas que en enero de 1983 fueron asesinados por campesinos azuzados por militares. Estos los habían organizado en montoneras (o rondas) para combatir a los miembros de Sendero Luminoso, alzados en armas desde 1980. Para el gobierno de Belaúnde, este crimen fue un desgraciado accidente. Para la mayoría de peruanos, fue evidente que los campesinos habían sido instrumentos de los militares, autores intelectuales o tal vez materiales

del crimen. Belaúnde designó una comisión investigadora presidida por Mario Vargas Llosa que llegó a una fantástica conclusión en la que, por supuesto, ni el gobierno ni los militares tenían culpabilidad. Los campesinos de Uchuraccay (dos de los tres presentados a juicio que aún viven) fueron condenados a 10 años de prisión en 1987 y a 15 en 1988 por la corte suprema, máxima instancia judicial que poco después absolvió a un narcotraficante.

(29) G.C.: Guillermo Cárdenas, alias Mosca Loca. Narcotraficante. Financió la campaña electoral de uno de los representantes del derechista partido de Acción Popular, que ganó las elecciones de 1980. Su poder y fortuna eran tan grandes que cuando cayó en desgracia declaró que si lo liberaban de la cárcel pagaría la deuda externa del país (entonces era de 8 mil millones de dólares). Como los narcotraficantes colombianos, Cárdenas fue un convencido de que la cocaína debía usarse como un arma contra EEUU. Murió en un sangriento motín carcelario en marzo de 1984.

(30) A.D.M.: Antonio Díaz Martínez. Ingeniero agrónomo. Según los militares, alto dirigente de Sendero Luminoso. Fue uno de los 254 presos políticos asesinados los días 18 y 19 de junio de 1986. Los senderistas se habían amotinado en tres penales limeños (Lurigancho, El Frontón y la cárcel de mujeres del Callao) y el presidente aprista Alan García ordenó a los militares intervenirlos. Estos desataron la peor masacre que conoce la historia peruana. Sin embargo, ni el presidente, que ordenó la intervención, ni los altos mandos de la Fuerzas Armadas, han aceptado su responsabilidad en los hechos.



3 9001 02642 0458

Cementerio general de Tulio Mora, se terminó de imprimir en enero de 1989, por encargo de **Lluvia Editores**, en los talleres de Improffset de Jr. José Gálvez 107, La Victoria, con una tirada de mil ejemplares.



¿Qué es *Cementerio general*? El lugar donde están enterrados los peruanos. Como no hay lugar posible que bajo ese nombre albergue a tantos, diremos que *Cementerio general* es todo el país. Aventureros, nigromantes, tahúres, místicos; revolucionarios, feministas y artesanos están aquí, juntos pero no revueltos, como quiere la muerte igualadora de la que habla Jorge Manrique.

Primer premio del concurso latinoamericano de poesía (organizado en 1988 por el Consejo de Integración Cultural Latinoamericano) *Cementerio general* mereció el siguiente comentario del jurado conformado por Enrique Linh, Carlos Germán Belli y Alberto Escobar: "es una extensa composición que intenta seguir el hilo de la historia peruana reinterpretando tipos humanos que personifican los conflictos de una sociedad. Destacamos la habilidad del autor en el uso del versículo, el entramado de heterogéneos niveles de lenguaje, la coherencia y la fuerza del trabajo".

Pablo Macera dice por su parte: "*Cementerio general* es una poesía insólita porque se propone un doble rigor formal, histórico e imaginativo. Tulio Mora no pretende inventar situaciones y personajes. Busca en el proceso histórico nuestros hechos reales, paradigmas de acción, desdichas o heroísmo para penetrarlos desde adentro de ellos mismos e iluminar sus potencialidades con una luz fuerte: la luz poética".

Escrito entre 1986 y 1988, esta primera entrega de *Cementerio general* encontrará culminación cuando alcance una centena de biografías poéticas que su autor, Tulio Mora (1948), se ha propuesto para los próximos años. Tulio Mora ha publicado anteriormente *Mitología* (1978), *Oración frente a un plato de col y otros poemas* (1985) y *Zoología prestada* (1987).